

Selección



ADA CORETTI

DESPUES DE LA AUTOPSIA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

367 — El rapto del alucinado, *Ralph Barby*.
368 — La danza de los fantasmas, *Clark Carrados*.
369 — Una losa sin nombre, *Glenn Parrish*.
370 — Un gorila llamado Max, *Joseph Berna*.
371 — Espectro, *Curtis Garland*.

ADA CORETTI

DESPUES DE LA AUTOPSIA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 372
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 4.948 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Se había quedado tan pálido, tan lívido, que cualquiera hubiera creído que acababa de morir.

Pero Patrick Plarisse aún vivía, de ello que entreabriera los ojos y murmurara:

—Hija mía..., hija mía...

Junto al lecho se hallaba Moira, una muchacha alta, delgada, espigada, con el cabello largo y rubio. Un cabello que le ocultaba el rostro, o mejor dicho, el lado izquierdo del rostro.

Patrick Plarisse sonrió con infinito cariño a aquella muchacha, de la que, debido a la posición de ella, estaba viendo tan sólo el lado derecho de su fisonomía.

Una fisonomía de líneas perfectas, bellísimas, que, no obstante, resultaba horrible observada desde cualquier otro ángulo. Porque el lado izquierdo de su rostro se veía surcado, desfigurado, por una terrible cicatriz. Una cicatriz que hundía implacablemente su pómulo, entrecerraba siniestramente su ojo y torcía escalofriantemente su boca.

—Hija mía...

—Dime, padre —la voz de la muchacha salió de su garganta plagada de lágrimas.

Antes de responder, Patrick Plarisse miró a su alrededor. Vio, a través de los cristales de la ventana, que la tormenta no había decrecido y que el viento seguía fuerte, violento, agitando rabiosamente las ramas de los árboles del jardín.

Cerca de la ventana estaba Tony Peters, uno de sus vecinos. Un joven de unos treinta años, alto, moreno, muy guapo, que había intentado ser artista de cine. Se decía que no le habían faltado oportunidades, pues había sabido encontrar la ayuda de damas muy importantes, pero, por lo visto, como actor había resultado una nulidad y este solo escollo, finalmente, había resultado insalvable. Ahora, desde haría un par de años, vivía allí, en las afueras de la localidad de Casseman. Desde luego, era un vecino amable y correcto. De ello que ahora estuviera allí, en su dormitorio. Posiblemente acababa de llegar, interesándose por su salud, prestándose para todo lo que fuera necesario.

—Hija mía... —y Patrick Plarisse volvió a dirigir la mirada hacia su hija. Esta vez añadió—: Voy a morir... Pero no, no es el corazón... El doctor estará dispuesto a dictaminarlo así, lo sé... Hace tiempo que me trata de una grave dolencia cardíaca... Sin embargo, no se trata de eso... Voy a morir por otra causa, estoy convencido de ello. Por eso te pido, Moira, que pidas, que exijas que se me haga una autopsia...

—¡Padre! —sollozó la muchacha.

—Sí, sí —insistió Patrick Plarisse—, la autopsia... Es lo último que te pido. No desoigas mi ruego...

Dicho esto, cerró nuevamente los ojos. En esta ocasión tenía crispado el gesto, la expresión.

—Si en algo me necesita, Moira... —había de decir Tony Peters poco después—. Ahora me voy, no quisiera importunarla...

Se retiró de la habitación, saliendo al pasillo y descendiendo la modesta escalera que conducía a la planta baja. Pensaba que Patrick Plarisse, a pesar de su mal aspecto, quizá viviera aún varios días más.

Pero todavía no había llegado al pequeño vestíbulo, cuando el llanto desgarrado de Moira resultó sobradamente elocuente. Su padre acababa de dejar este mundo.

* * *

El corpulento doctor Lionel Dowie había abierto en canal el cuerpo de aquel cadáver. El afilado bisturí había hecho el incisivo corte, no exento, sin embargo, de toda la técnica y veteranía que el caso requería. Se trataba del cadáver de Patrick Plarisse, muerto al parecer de una afección cardíaca.

Era aquélla una nueva autopsia. Algo a lo que ya estaba acostumbrado. Así que no experimentaba nada de particular, sólo una extraña indiferencia.

Sin embargo, en esta ocasión quizá fuera distinto, peor. Conocía mucho a Patrick Plarisse, padre de Moira. Se habían tratado muy íntimamente durante los últimos años, incluso él estaba decidido a casarse con Moira. Pero sufrieron aquel desgraciado accidente del coche, del que él se salvó milagrosamente y Moira quedó herida, con el rostro desfigurado, y entonces, sólo entonces, ésta es la verdad, dejó a un lado los planes concebidos. De todos modos, siguió siendo un buen amigo, un inmejorable amigo de la familia.

Por eso, quizá, hacer la autopsia de aquel cuerpo le estaba impresionando un poco más... Pero no, bien mirado sentía la misma extraña indiferencia de siempre. Eran ya demasiados los cadáveres que habían pasado por sus manos para que, en esta ocasión, le fuera dado experimentar una sensación distinta.

Pero, de pronto, Lionel Dowie dio un respingo. Acababa de ver algo increíble, insólito. Pestañeó una y otra vez. Era para no creerlo.

Dentro del estómago del cadáver había una bola de plástico, no muy grande, pero tampoco demasiado pequeña. Debía de tener el tamaño de un huevo de paloma.

Los ácidos del estómago, por lo visto, habían podido más que el plástico, pues éste se había rajado. Por esa ranura asomaba un papel.

Lo sacó de allí, del interior de la bola de plástico. Sus manos temblaban.

El papel había sido doblado una y otra vez, hasta hacerlo de un volumen asequible al interior de la bola. Así que tuvo que desdoblarlo repetidas veces para dejarlo convertido en un papel liso.

Entonces vio lo que estaba escrito.

Con manos que cada vez temblaban más, sujetó el papel poniéndolo ante

sus ojos, y leyó:

«Querido Lionel:

«Supongo habrás oído decir en más de una ocasión que desde la muerte de mi hermana Rita poseo una gran fortuna en joyas. Supongo que, como la mayoría, como todos, habrás creído que eso son puras habladurías.

»No lo son. Esas valiosísimas joyas existen y se hallan en mi poder. Pero sólo yo sé dónde están.

»Se lo hubiera dicho a Moira, pero mi hija, la pobre, hace mucho que está locamente enamorada de ese guapo y pícaro de Tony Peters. A mi hija le hubiera faltado tiempo para contárselo todo, y él, Tony Peters, habría optado, no lo dudo un momento, en casarse con ella. Pero habría sido sólo un matrimonio de conveniencia, de interés, y mi hija, antes o después, acabaría siendo una desgraciada. No, no puedo desear eso para ella. Debo apartarla dé tan lamentable error.

»Por eso, Lionel, he pedido a Moira que me hagan la autopsia. Sé que las autopsias, aquí en Casseman, sólo las practicas tú. Y tú, Lionel, eres la única persona en quien me veo capaz de confiar. Por eso, al ver próximo mi fin, me he tragado la bola de plástico. Así sé de antemano que mis últimas voluntades llegarán a ti.

»Te ruego que esperes a que Tony Peters se vaya de esta localidad. No creo que tarde en hacerlo, puesto que está que ya no aguanta aquí. Se ve demasiado arrogante y guapo para conformarse con la mediocridad que le supone quedarse en este lugar para siempre.

«Entonces, cuando Tony Peters se haya ido, dile a mi hija lo que yo acabo de hacerte saber a ti. Dile que esas joyas son la herencia que le dejo.

»Las joyas están en...

»Bueno, tendré que explicártelo bien para que a última hora no surjan errores. Verás, en la parte trasera de nuestro jardín hay un pozo, inutilizado desde hace tiempo, el cual tenemos tapado con varios tablones de madera. Junto a ese pozo ha crecido un árbol. Pues allí, junto a las profundas raíces de ese árbol, es donde están encerradas las joyas en una caja de madera.

»Esas joyas eran de Rita, de mi hermana, cuyo pasado tú no ignoras. Al morir, es lo único que me dejó. En realidad no pudo legarme otra cosa, porque otra cosa no tenía. Su obsesión habían sido las alhajas y todo lo que tenía era eso. Pero era tener mucho, pues las he hecho valorar y su precio excede las quinientas mil libras.

»Esto es todo, amigo Lionel.
»Confío en ti como en un hijo.
»Recibe mi agradecimiento.

»Patrick Plarisse.»

Al concluir la lectura, no sólo le temblaban las manos. Temblaba todo él, y de un modo tan intenso, tan violento, que era casi como si estuviera sufriendo espasmos.

—Quinientas mil libras... Quinientas mil libras... —susurraba.

Acabó en seguida con su trabajo. Ya no tenía por qué seguir adelante con aquella autopsia.

«Fallo cardíaco» hizo constar en el diagnóstico.

Después se dio prisa por ponerse al volante de su coche y por dirigirse a su casa. Se sentía ansioso, anhelante, por contar lo sucedido a sus hermanos Jackie y Glen.

Y así lo hizo, en cuanto consiguió que la sirvienta se retirara y les dejara solos. Tras cerrar la puerta del comedor y bajar cautelosamente la voz, les puso al corriente de todo.

—¿Cómo has dicho...? —inquirió Glen, y la codicia hizo refulgir su mirada de un modo increíble, inusitado.

—¿Es posible ...? —y en los ojos de Jackie brilló y rebrilló toda la ambición del mundo.

Lionel Dowie, el más corpulento de los hermanos, comprendió entonces, aunque ya era tarde para darse cuenta de ello, que explicar aquello había significado una gran torpeza por su parte. Una sorpresa que en sí tenía mucho de insensatez, incluso de temeridad.

«Ahora —pensó ante aquellas miradas qué resultaban hartamente elocuentes— querrán hacer suyo este negocio... He sido un necio... He hablado demasiado complicando innecesariamente la situación... Porque —sentenció— el negocio ha de ser mío, solamente mío. —Y tomando una decisión, que desde luego había de resultar irrevocable, exclamó para sí—: ¡Mataré a todo aquel que intente impedírmelo! ¡Sí, le mataré! ¡Le mataré!»

Pero no exteriorizó sus pensamientos, esforzándose por disimular lo que sentía. Esbozó una sonrisa.

—Supongo —repuso Glen, el más pequeño y delgado de los tres hermanos — que no estarás dispuesto a que esas joyas vayan a poder de Moira... ¿Para qué puede quererlas ella...? No será para lucirlas, con la cara que tiene... —Y soltó una carcajada, quizá creyendo que así daba y reafirmaba su tesis con más fuerza y convicción.

—Es una pobre desgraciada —añadió Jackie, que también era pequeño y delgado, aunque no tanto como Glen—. Esas joyas no le servirían de nada, de nada... Por muy rica que fuera, jamás nadie la amaría de verdad... En cambio, si nosotros consiguiéramos hacerlas nuestras...

—No olvidéis —exclamó Lionel, comprendiendo que era preferible dejar

el fingimiento a un lado y aclarar la situación de una vez por todas—, no olvidéis... que si esas joyas llegan a tener dueño que no sea Moira, ese dueño seré yo... ¡Yo!

—Sin embargo —puntualizó Jackie, con ironía—, no debes olvidar que nosotros, ahora, sabemos también dónde están escondidas...

—Sí, lo sabemos —corroboró Glen, y su ironía fue en aumento—, por lo que también podríamos, si quisiéramos...

—¡He sido un idiota sincerándome con vosotros! —Barbotó Lionel—. ¡Maldita sea!

CAPITULO II

Roger Donnelly, al volante de su nuevo y flamante coche, iba conduciendo más aprisa de lo que podía resultar aconsejable. Le encantaba la velocidad. Casi tanto como podía encantarle acostarse con una chica guapa, o aunque no fuera tan guapa.

Pero se oyó un estruendoso trueno, que pareció hacer retemblar el asfalto, y al poco el cielo se abría, se rasgaba, por lo que una auténtica cascada empezó a caer de los oscuros nubarrones. En ese momento, Roger Donnelly aminoró la velocidad que llevaba.

Era decidido por naturaleza, casi temerario para ceñirse estrictamente a la verdad. No obstante, arriesgarse de un modo tonto nunca le había seducido. Eso lo dejaba para los tontos.

En pocos instantes se había hecho de noche. Una noche intensa, profunda, oscura como boca de lobo.

Sí, era mejor tener prudencia. El asfalto se hacía cada vez más resbaladizo, por lo que las ruedas chirriaban en todas las curvas. Además, nuevos truenos se estaban dejando sentir, mientras el viento aumentaba convirtiéndose en verdaderos remolinos.

En eso, Roger Donnelly notó que el motor del coche no funcionaba correctamente. Y en efecto, unos instantes después se vio obligado a detenerse.

—Lo que faltaba... —rezongó entre dientes, malhumorado ante lo enojoso e imprevisto de aquella situación.

Luego alzó la mirada y observó a través de los cristales de las ventanillas. ¿Qué lugar sería aquél...?

No vio nada. La oscuridad era intensísima. Más allá de donde llegaban los focos de su coche, todo eran sombras intensas. Y los focos sólo enfocaban el asfalto, mojado, reluciente.

Debería esperar al próximo relámpago, para guiarse por su resplandor y poder, así, orientarse adecuadamente.

Quedó atento.

No tardó en llegar el nuevo relámpago y entonces pudo percatarse, en una rápida observación, de que al borde de la carretera había seis casas. Tres a la derecha y otras tres a la izquierda, bastante distanciadas, eso sí, unas de las otras.

Todas estaban oscuras.

Pero no, en una de éstas, por cierto la que estaba más cerca de donde él se hallaba, había luz a la ventana. Hasta entonces no lo había visto, debido al follaje de los árboles del jardín.

No obstante, el viento huracanado había movido las hojas de los árboles y la luz acababa de hacerse visible a sus ojos.

Bueno, al menos ya tenía adonde dirigirse. No iba a quedarse metido en el

coche hasta que la tormenta decreciera. Tenía aspecto de ir para largo.

Estuvo esperando unos minutos. Quería elegir un buen momento para abandonar el coche. No llevaba impermeable, ni siquiera prenda adecuada a aquella circunstancia. Cuando había salido de Londres, el cielo estaba claro y nada hacía predecir aquel súbito empeoramiento del tiempo. Así que, vestía un pantalón de pana y un jersey, oscuro, de cuello alto. Solamente eso.

Pero se dio cuenta de que ese buen momento que esperaba sería difícil que se presentara, así que, de todas formas, se decidió a salir.

Abrió la portezuela y pisó el acelerador. Se había protegido con un periódico que encontró en el asiento trasero de su coche.

El viento le azotó con tanta fuerza, con tanta violencia, que a cualquier otro le hubiera medio derrumbado. No a él, que era ligero y fuerte, de lo que se valió para correr hacia aquella casa cuya luz había divisado entre los árboles.

Al llegar a la valla de madera que rodeaba el jardín, la salvó de un salto. Al poco se refugiaba en el porche. Entonces se desprendió del periódico que le había evitado quedar calado hasta los huesos.

Acto seguido hizo sonar el timbre.

No oyó ruido alguno y pensó que quizá no le había oído. Se dispuso a repetir la llamada.

Pero, antes de hacerlo, oyó que alguien se acercaba a la puerta. Casi al instante, ésta se entreabría, si bien con la cadena puesta.

—¿Qué desea...? —era una muchacha preciosa, de cabellos oscuros, de ojos intensamente negros, la que acababa de hacerle esa pregunta.

—El coche se me ha estropeado —le hizo saber Roger Donnelly— y la noche es de perros. ¿Sería demasiado pedir cobijo por una noche?.

—Abre, Priscilla —se oyó la voz de un hombre.

La muchacha obedeció y Roger Donnelly pudo penetrar al interior de la casa. Quedó, pues, en un vestíbulo arreglado con exquisito gusto.

—Muchas gracias —y el recién llegado, mirando más y mejor a la muchacha, se reafirmó en la primera impresión, era verdaderamente preciosa.

—Pase usted, con la humedad que hace no le sentará nada mal un brandy —un hombre mayor, con el cabello blanco, había aparecido en el vestíbulo y le tendía cordialmente la mano—. Soy el señor Poone, el propietario de esta casa... Ella es mi hija Priscilla...

—Encantado —contestó abiertamente al gesto de aquella mano que se le tendía—. Mi nombre es Roger Donnelly... —y con una sonrisa—. Por descontado, acepto el brandy.

—Supongo —dijo la muchacha— que querrá cenar con nosotros, ¿verdad? —Y con indudable simpatía—. Mi padre dice que soy una buena cocinera.

—Si es usted tan amable, señorita Poone...

—Puede llamarme Priscilla.

—Será un placer llamarla por su bonito nombre. Aunque no tan bonito, que conste, como lo es su dueña.

Priscilla le sonrió con agrado, con complacencia.

—¿Qué le ha pasado a su coche? —preguntó el señor Poone.

—Exactamente aún no lo sé —repuso Roger—. No creo que sea nada importante, el coche es nuevo, recién comprado, pero mientras siga lloviendo de este modo, francamente, no me veo capaz de averiguarlo.

—Muy razonable por su parte —y sin más—. Entre, por favor, y considérese usted en su casa. —Y e! señor Poone le hizo pasar a la estancia contigua, que era el comedor.

Durante la cena, Roger Donnelly les hizo saber que era periodista y que el director de su revista le había mandado a una localidad cercana para hacer una interviú a un famoso novelista. Les dijo, asimismo, que carecía de familia, que tenía veintiocho años, que vivía solo en un apartamento, que era soltero y que se sentía enteramente feliz cuando tenía delante una chica bonita.

—Como me sucede ahora... —añadió acariciando a Priscilla con la mirada.

Priscilla por su parte se había mostrado poco cohibida, diciendo al joven periodista que vivían allí porque a su padre le gustaba mucho aquel lugar, pero que a ella todo aquello le aburría enormemente. Le dijo también que tenía admiradores, y muchos, pero que no aceptaba a ninguno porque no le caían bien, posiblemente porque eran de por allí y ella deseaba casarse con un forastero, con un hombre que la llevara a la ciudad y le ofreciera la clase de vida que siempre había soñado.

—Voy a prepararle su habitación —terminó diciendo Priscilla.

Acababan de sonar once campanadas en el reloj de pared que tenían situado en una de las esquinas del comedor.

En el exterior, la lluvia seguía persistente. Lo mismo que el viento, el cual, incluso, parecía haber arreciado.

—Lamento causarle tantas molestias —contestó Roger Donnelly—. Desde luego, como es lógico y natural, estoy dispuesto a compensárselas económicamente...

—Ni hablar de eso —le cortó el señor Poone—. Es usted nuestro invitado. Única y exclusivamente nuestro invitado.

—Pues gracias por tanta amabilidad, por tantas atenciones —sonrió Roger Donnelly—. Gracias también, claro está, por fiarse de mí. Para ustedes no soy más que un desconocido, y es muy de agradecer la confianza que me dispensan.

—No nos lo agradezca —dijo Priscilla—. No existe mérito alguno por nuestra parte. Hay caras que lo dicen todo y la suya es una de ellas.

—¿Sí?

—Sí, claro —afirmó la muchacha—. Tiene usted cara, ¿cómo le diría yo...? ¡Ah, sí, ya está!, de protagonista de película.

—¿De película con final feliz? —se rió Roger Donnelly.

—Por descontado que sí —se rió también la muchacha.

—Pues nada, Priscilla, si el final ha de ser feliz, la elijo a usted como pareja...

—Gracias.

Acabaron mirándose de una manera que obligó al señor Poone a carraspear repetidamente.

* * *

Al día siguiente ya no llovía, por lo que Roger Donnelly pudo dedicarse tranquilamente a reparar su coche. La avería resultó de muy poca importancia, así que pronto concluyó.

—Antes de irme de aquí, me gustaría dar una vuelta por los alrededores —dijo a Priscilla—. Si fuera usted tan amable de querer acompañarme...

—Ahora voy a servirle el desayuno —contestó la muchacha—, Después, encantada, saldré a dar una vuelta con usted.

—Muy agradecido.

Priscilla se había puesto su mejor vestido que tenía, de un bonito color malva, y de un corte que ayudaba a recalcar sus atributos femeninos. También, asimismo, se había peinado con mucho más esmero que otros días.

En todo ello reparó en seguida su padre, sacando la lógica conclusión de que quería causar la mejor impresión posible al joven visitante. Por eso, se alegró cuando Roger Donnelly pidió a su hija que le acompañara por los alrededores. Comprendió, de sobras, que su hija lo estaba deseando.

Fuera ya de la casa, habiendo dejado ya atrás la valla de su correspondiente jardín, Priscilla quiso ser una agradable compañera de paseo. Así que se propuso explicarle a Roger Donnelly todo lo que podía explicarse de por allí.

Antes de que ella empezara a hablar, no obstante, el joven periodista había reparado ya en que la localidad de Casseman estaba a poco menos de una milla de allí. Se hallaba situada en una leve hondonada, o lo que era lo mismo, donde él se hallaba en aquel momento, era un lugar algo más elevado, que parecía dominar con cierta superioridad la tal perspectiva.

Como ya se diera cuenta la noche antes al resplandor del relámpago, eran seis las casas situadas allí cerca, al borde, más o menos, de la carretera. Tres a la derecha y las otras tres a la izquierda.

Aunque en ello había reparado mejor poco antes, cuando había salido a reparar su coche. Fue entonces cuando se fijó en que las otras casas eran de características similares a la que le había brindado su cobijo aquella noche. Eran relativamente sencillas, aunque de agradable aspecto, con su correspondiente jardín, delantero y trasero, con abundantes árboles en ambas partes. No obstante, en una de éstas, la peor conservada, sólo había un árbol en la parte trasera del jardín.

—Esta casa de al lado —fue lo primero que dijo Priscilla—, la que se halla situada junto a la nuestra, pertenece a una anciana llamada Bárbara Muntter. Dicen que no está bien de la cabeza, que ve visiones. Pero es tranquila, pacífica, nunca se mete en líos, así que en realidad poco malo hay que decir de ella. A mí me resulta simpática, ésta es la verdad.

Iban andando lentamente por la carretera. Preferían el asfalto, pues la tierra aún no se había secado del todo.

—¿Ve esa otra casa...? —La muchacha se la indicó—. Su propietaria es Doris Bresley, una mujer aún joven, muy atractiva por cierto, que en Londres, según se dice, tiene un mínimo de seis amantes ricos. De vez en cuando —añadió— viene a estar aquí durante una o dos semanas, buscando un poco de reposo.

—Teniendo presente lo de su media docena de amantes —dijo Roger Donnelly—, que necesite reposo lo comprendo muy bien... A menudo debe sentirse muy fatigada... —y soltó una carcajada.

—En la otra casa —siguió diciendo Priscilla— vive Tony Peters, un hombre joven, guapo, que sueña con ser artista de cine. Por lo que parece no le resulta fácil conseguirlo, pero yo creo que no ha perdido las esperanzas y que volverá a las andadas así que se presente una nueva oportunidad.

—¿Y la otra casa? —Preguntó el periodista—. La más amplia, esa que resulta tan elegante.

En efecto, una de las casas destacaba de las otras. Aunque de momento dieran la sensación de ser bastante similares.

—Pertenece a los hermanos Dowie. Lionel, Jackie y Glenn Dowie. Lionel es doctor. Es el que hace las autopsias en esta localidad. En cuanto a la última casa —repuso Priscilla—, ésa, la que tiene peor aspecto, es de Moira Plarisse. Una muchacha que era sencillamente preciosa, pero que desgraciadamente ya no lo es. Sufrió un accidente de coche y el lado izquierdo del rostro le quedó terriblemente desfigurado.

—Debió de resultarle un golpe muy duro, es fácil hacerse cargo —dijo Roger Donnelly.

—Su padre falleció no hace mucho —añadió Priscilla—. Desde entonces vive completamente sola. Y en fin —concluyó—, éstos son nuestros vecinos.

Por lo que respecta al panorama, éste resultaba bastante grato. Debido, sin duda, a la abundancia de árboles en los jardines de aquellas susodichas seis casas. Fuera de los límites que acotaba las valías, era ya distinto, el terreno se hacía menos acogedor, más hostil. Casi parecía, debido a la hierba y a los matorrales, hacerse un tanto agresivo.

—Comprendo que a usted, Priscilla, no termine de gustarle esto —asintió Roger Donnelly, pasados unos instantes.

—No, no me gusta —reconoció la muchacha—, pero a mi padre sí. Y la verdad es que yo a mi padre le quiero mucho, por lo que vivo contenta y feliz a su lado.

—No cabe la menor duda de que es usted una buena hija.

Fue en ese preciso momento cuando ante ellos surgió 1a silueta encogida, achicada, de la anciana Bárbara Muntter. La vecina de la que se decía que estaba mal de la cabeza, que veía visiones.

Acababa de doblar el recodo de un pequeño camino, apareciendo casi inesperadamente ante ellos. Llevaba un cesto de mimbre colgando del brazo.

Les miró, sonriendo. Un gesto que hizo que su rostro, ya de por sí muy arrugado, se llenara aún más de muchas arrugas.

—Buenos días, Priscilla.

—Buenos días —contestó la muchacha y le devolvió la sonrisa—. Si que está madrugadora hoy...

—Estoy buscando caracoles —y mirando a Roger Donnelly—. Usted es forastero, ¿verdad? Nunca le había visto hasta ahora.

—En efecto, señora, soy forastero —repuso el joven.

—Es periodista —le hizo saber Priscilla—. Ayer se estropeó su coche, durante la tormenta. Casualmente cuando pasaba por aquí...

—¡Oh, periodista! —y .lo cierto es que la anciana, con su exclamación, no había dejado concluir a la muchacha. Se apresuró a añadir entonces—: Entonces, usted posiblemente me creería si yo le contara lo que vi... Aquí nadie me cree y resulta tan violento...

—¿A qué se refiere usted, señora? —preguntó Roger Donnelly.

—A las joyas, claro —dijo la anciana—. A lo que yo vi con mis propios ojos.

—Explíquemelo, por favor —repuso el joven.

Hubo, desde luego, cierto indudable interés en su petición. Posiblemente porque algo le decía que aquella mujer estaba total y plenamente en sus cabales. Por más que por allí, unos y otros, o quienes fueran, pudieran decir lo contrario.

—Una noche salí al jardín de mi casa... —refirió Bárbara Muntter, como ya lo había hecho una y cien veces, aunque sin ser creída—. No tenía sueño y pensé que sería agradable contemplar las estrellas... Era una noche de estrellas, ¿sabe? En eso vi que había luz en una de las ventanas de la casa de Moira Plarisse... Me sorprendió el hecho, pues en realidad eran ya más de las dos... En fin, que sin saber exactamente por qué, me sentí inducida a dirigirme hacia allí, hacia aquella ventana... Así lo hice, y una vez junto a sus cristales, ¿qué cree usted que vi...?

—Ni idea —respondió Roger Donnelly.

—Usted sí lo sabe —repuso la anciana dirigiéndose a la muchacha—. Aquí lo saben todos, lo malo es que creen que miento.

—Dígamelo a mí, la estoy escuchando con mucho interés —dijo el joven, que como buen periodista tenía mucho de curioso.

—Vi al señor Plarisse, al padre de Moira —explicó la anciana Bárbara Muntter—. Estaba abriendo una caja de madera y sacaba su contenido, volcándolo sobre la mesa del comedor. Su contenido eran joyas... Bellísimas, fulgurantes joyas, que acarició con deleite, con arrobo, casi con frenesí, una y otra vez... Luego volvió a meterlas en la caja de madera. Seguidamente, llevándose la caja de madera bajo el brazo, salió de la estancia tras apagar la luz. Sí, yo lo vi...

—Pero aquí, en Casseman —dijo Priscilla—, nadie lo cree, pues para todos resulta evidente que padre e hija han sido y siguen siendo muy pobres.

Tienen la c<isa, eso sí... Bueno, ahora la tiene Moira, pues el padre ya ha muerto.

—Vi joyas —remachó la anciana con acento cada vez más y más obstinado— y podría jurar, a juzgar por sus deslumbrantes brillos, que debían valer una verdadera fortuna.

—Resulta un poco insólita la historia —opinó finalmente Roger Donnelly —, pero, ante todo, yo le agradezco mucho la confianza que me ha dispensado al explicármela.

—Es usted un joven muy simpático —la anciana le miraba con indudable beneplácito—. La primera persona, por descontado, que no me menosprecia de antemano por mis palabras... Bueno —terció—, ahora les dejo. Empieza a salir el sol, voy a ver si encuentro caracoles.

Se alejó de la pareja sin decirles nada más.

—Quien sabe —dijo, entonces, Roger Donnelly—, quizá sea cierto que viera eso... Nunca se sabe.

Una media hora después, Roger Donnelly se despedía del señor Poone y de la muchacha, agradeciéndoles la hospitalidad recibida y asegurándoles que un día volvería a visitarles. A la primera oportunidad que tuviera para ello. Podían darlo por hecho.

—Que sea verdad —dijo el señor Poone.

—No lo dude usted —repuso Roger Donnelly—. Ni usted, Priscilla... —añadió dirigiéndose a la muchacha.

—No So dudo —contestó ella. Y agregó a su vez—. Quedamos, mi padre y yo, a la espera de su nueva visita. Será usted bien recibido, esté seguro de ello.

Pero cuando Roger Donnelly se puso al volante de su coche y le dio a la llave de contacto, algo no marchó como era debido. En conclusión, el motor quedó parado.

—Pero si lo he dejado perfectamente arreglado... —se extendió el joven periodista—. No lo entiendo.

Cuando destapó la capota del coche y echó una mirada al motor, se quedó boquiabierto, o poco menos. Alguien se había encargado de quitar el carburador. Y por si esto fuera poco, también habían cortado el cable de la conexión entre la dinamo y la masa del motor.

—Esto no puede arrancar ni aunque me fusilen —masculló entre dientes,

—¿Qué sucede? —le preguntó el señor Poone.

—Una broma de muy poco gusto —dijo Roger Donnelly—, o quizá algo peor que eso...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Priscilla.

—Han aprovechado mi paseo por los alrededores para dejarme sin el carburador y para cortar el cable de conexión entre la dinamo y la masa del motor.

—Pero ¿quién ha podido hacerlo? —Priscilla no salía de su asombro—. Resulta incomprensible, inaudito...

—Sí, francamente —asintió Roger Donnelly—. Bueno, creo que así las cosas, no va a quedar otro remedio que llegarme a Casseman. Habrá allí algún garaje, supongo.

—Sí, claro —asintió el señor Poone—. Pero no, no comprendo cómo ha podido suceder esto.

—Alguien, por lo visto —opinó finalmente el periodista—, no quiere que yo me vaya de aquí —y tras echar de nuevo un vistazo a aquellas seis casas, tres situadas a la derecha y tres a la izquierda—. ¿Quién será?

CAPITULO III

La anciana tenía ya casi llena la cesta de mimbre. Estaba contenta. Había sido una buena idea salir a buscar caracoles.

Se puso en pie. No sin esfuerzo, pues sus muchos años le iban restando fuerzas. Pero, bueno, daba por bien gastadas las de aquella mañana. Su plato favorito le iba a salir a buen precio.

Ya en pie, se encaminó hacia la carretera. No se hallaba lejos. La tenía a menos de veinte metros. Sólo que tendría que ir abriéndose paso entre espesos y enmarañados matorrales.

Sin embargo, de pronto, quedó inmovilizada. Acababa de ver cómo alguien le interceptaba el paso. La verdad es que se asustó al ver aquellos pies calzados como mínimo por unos zapatos del cuarenta y cuatro.

Como sea que iba con la vista baja, sólo veía los pies de esa persona y el borde de los pantalones, pues se trataba, evidentemente, de un hombre.

Sí, se asustó.

Pero al alzar la vista, respiró aliviada. ¡Oh, qué tonta había sido al sobresaltarse de aquel modo, como si fuera una chiquilla!

—¡Si es usted, doctor Dowie!

En efecto, se trataba de Lionel Dowie, uno de los tres hermanos que habitaban la mejor, la más grande, la más elegante de aquellas seis casas. El doctor Dowie, sobradamente conocido y respetado por todos los habitantes de la localidad.

—¿La he asustado, señora Muntter? —preguntó Lionel Dowie.

—Sí, con franqueza, doctor. No sé quién me imaginaba que pudiera ser...

—Pues soy yo, y quisiera decirle que me siento un tanto molesto y enojado con usted —desde luego, se estaba esforzando por no alterar su expresión, habitualmente serena y pacífica—. No me gustan nada esos cuentos que va contando por ahí...

—¡Ah, claro! Debe usted estar refiriéndose a las joyas que vi... Pues las vi, doctor Dowie, no lo dude usted. Así que no debe saberle mal que vaya hablando de ello.

—Voy a rogarle una cosa, señora Muntter —ahora se había crispado su expresión.

—Dígame usted... —la voz de la anciana salió débil, sin fuerza, pues le había inquietado algo muy oscuro, muy negro, que vio en el fondo de los ojos de aquel hombre.

—Usted no volverá a hablar de ello con nadie —ordenó Lionel Dowie— y menos que con nadie, con los forasteros. La he oído, de eso no hace mucho, explicarle el caso a ese joven periodista al que ayer se le estropeó el coche... Recuérdelo, no ha de volver a referirse a ese asunto. ¿Me ha oído bien?

—Le he oído perfectamente, doctor Dowie —repuso la anciana Bárbara Muntter. Pero tragó saliva, se rehízo de su momentánea inquietud y aclaró—:

Lo que no quiere decir que esté dispuesta a hacerle caso...

Hubiera resultado casi cómico, de no tener a un mismo tiempo algo de patético, al ver cómo una anciana tan encogida y achicada presentaba cara a un hombre de la corpulencia del doctor Dowie.

—¿Cómo ha dicho, señora Muntter? —se excitó él—. ¿No está dispuesta a hacerme caso?

—No, en absoluto —ratificó la anciana—. Yo sé fijo lo que vi, así que no tengo por qué callarlo. Hacerlo sería aceptar, yo la primera, que estoy mal de la cabeza. Y de eso nada, sépalo usted, doctor Dowie.

Ahora sí que se arrepintió de haber hablado. Ahora ya no fue simple inquietud lo que sintió. Fue miedo, espanto, verdadero horror...

Lionel Dowie, que llevaba envuelto en una tela oscura no supo qué hasta aquel instante, lo desenvolvió...

¡Se trataba de un hacha!

No le hizo falta ver más, para dar por sentado que sus minutos estaban contados.

Quizá, en realidad, más que por la aparición de aquel cortante y espeluznante filo, por el hecho de que en los ojos de Lionel Dowie hubiera una mirada de auténtico asesino: Una mirada siniestra, diabólica, que daba por seguro que era capaz de cualquier monstruosidad.

—No, no... —jadeó la anciana, dando un paso hacia atrás, tambaleante.

La cesta de mimbre se le había soltado del brazo, cayéndole al suelo, Por lo que, en consecuencia, se desparramaron los caracoles.

Sin dilaciones, pues no estaba dispuesto a perder el tiempo, Lionel Dowie asió fuertemente el mango del hacha. Luego alzó ésta en el aire...

Dado el gesto, parecía dispuesto a clavar el hacha en el cráneo, en la cabeza de la anciana. Pero no, al descender, efectuó un rapidísimo giro y el hacha, ya colocada en posición vertical, seccionó de un tajo, de un solo tajo, el cuello de su víctima.

La cabeza, violentamente separada de su tronco, fue a parar lejos, contra la tierra, rodando como una pelota. Una pelota ensangrentada, claro está, pues apenas efectuado el siniestro corte la sangre había fluido como el agua de un surtidor.

Por su parte, el cuerpo se dobló y quedó en el suelo, pero moviéndose, dando sacudidas. Aunque no muchas, ésta es la verdad. Pronto había de quedar totalmente inmovilizado. Y ya para siempre, huelga decirlo.

El doctor Dowie, que sudaba copiosamente, limpió el hacha lo mejor que pudo, frotando el filo contra la ropa de la propia víctima. Después volvió a envolverla en aquella tela oscura.

Tras mirar en torno y ver que nadie, nadie en absoluto, había sido testigo de su crimen, desapareció de allí.

Desapareció pisando con cuidado, siempre sobre la hierba. Así no dejaría huellas. La tierra estaba todavía blanda y no era cosa que quedasen impresas las huellas de sus zapatos.

* * *

Roger Donnelly había vuelto de Casseman, a cuya localidad se había dirigido en busca de un garaje.

—Todos parecen empeñados en que no me vaya de aquí —dijo a su regreso—. Ahora resulta que el mecánico está enfermo, y que no podrá encargarse de mi coche hasta mañana, o hasta pasado mañana.

—Por nosotros no se preocupe —le contestó el señor Poone—. Puede seguir disponiendo a su entera comodidad de nuestra casa y de nuestra hospitalidad.

—Es usted muy amable —dijo el joven—. Francamente, más no puedo pedir. Pero como comprenderán, no era mi intención molestarles tanto.

—No es ninguna molestia —aseguró Priscilla—. Lo hacemos encantados.

Poco rato después, fue cuando se oyó un grito. Un grito de mujer, desgarrado, estridente, que consiguió taladrar más de un tímpano.

Unos y otros, en aquel momento, salieron de sus respectivas casas. Se reunieron en la carretera. Adonde acababa de llegar, corriendo, sofocada, Doris Bresley.

Con sus pantalones ceñidos y su jersey aún más ceñido, su cuerpo llamaba poderosamente la atención. También la llamaba su cara de descarado atractivo, así como su larga y sedosa melena de color rojizo.

Roger Donnelly dejó escapar un silbido de admiración, que, por descontado, no gustó nada a Priscilla. Pero el silbido era justificado. Doris Bresley era una mujer de bandera.

—Es horrible, espantoso... —rodeada de sus vecinos, sólo consiguió, en principio, articular estas palabras. Y repetirlas una y otra vez—. Es horrible, espantoso...

—Pero, vamos —quiso puntualizar Tony Peters, el joven con pretensiones de artista de cine—. ¿Se puede saber lo que sucede?

—La he… he... encon...trado... —tartamudeó Doris Bresley—. Bueno, primero he dado con su cabeza, sólo su cabeza... Jamás he tenido ante mis ojos un espectáculo tan alucinante...

—Si nos dijera de qué nos está hablando —intercaló Jackie Dowie, que había sido uno de los primeros en llegar—, quizá podríamos comprenderla mejor,

—La anciana Bárbara Muntter ha sido asesinada —explicó Doris Bresley —. ¡Le han cortado la cabeza!

—Debe de estar bromeando, supongo —dijo Glenn Dowie, que también estaba allí.

—No, no es ninguna broma. Es cierto, y acabo de encontrarme con su cuerpo y con su cabeza. Pero cabeza y cuerpo, por separado, ya lo he explicado antes.

—Parece decir la verdad —apuntó Lionel Dowie, el cual había ya

recuperado por entero su aspecto habitualmente tranquilo y reposado.

—¡Es la verdad! Y pueden comprobarlo, si gustan... Desgraciadamente, me ciño a los hechos.

—¿Quién ha podido hacer semejante cosa? —preguntó Moira Plarisse, que también estaba allí, si bien había sido de las últimas en salir tras el desgarrado y estridente grito de Doris Bresley.

—No creo que resulte fácil averiguarlo —opinó el señor Poone.

Priscilla se hallaba muy pálida. Siguió son decir nada.

—Vayamos al lugar de los hechos —terció Roger Donnelly, comprendiendo que simplemente hablando no iban a llegar a ninguna parte.

—Sí, es lo mejor —asintió Lionel Dowie, considerando oportuno, por lo visto, dejar sentir de nuevo el tono de su voz.

Fueron todos ellos a donde Doris Bresley les indicó. Y sí, en efecto, en aquel lugar estaba el cuerpo sin vida de la anciana. La cabeza por un lado, el cuerpo por otro. La sangre había sido tragada, absorbida por la tierra. En cuanto a los caracoles, habían salido ya en su totalidad de la cesta de mimbre. Pero algunos rondaban aún por allí.

—¡Qué horror! —musitó Priscilla, tapándose el rostro con las manos.

Pero no sólo ella, todos estaban espantados. ¡Cómo no! El espectáculo resultaba escalofriante.

—Creo que van a faltarme fuerzas... —y Doris Bresley, que desde hacía rato se había fijado en lo alto, atlético y viril que era Roger Donnelly, se apoyó en su brazo—. ¡Oh, sí, creo que voy a desvanecerme!

El joven periodista la sujetó. Lo hizo, por descontado, sin el menor desagrado. Todo lo contrario. Aquel cuerpo de líneas ondulantes, era toda una tentación, y tocar tentaciones siempre había sido una de sus más fervientes debilidades.

—Por favor —suplicó Doris Bresley con un mohín—, acompáñeme hasta mi casa. Si no es demasiada molestia para usted.

—Encantado.

—Quizá no debiera habérselo pedido... No nos conocemos. No le había visto nunca. Debe de ser usted forastero, ¿verdad?

—Sí.

Se fueron juntos. Doris Bresley muy cogida, casi colgando, del brazo del joven periodista. Y éste ayudándola todo lo preciso y aún, aún, un poquito más.

Priscilla había puesto gesto de pocos amigos.

—Es una fresca... —murmuró—. Ya debe estar pensando en acostarse con él...

—Y apostaría cualquier cosa a que se saldrá con la suya —opinó su padre, el señor Poone—. Los hombres no suelen dejar pasar por alto los buenos bocados. Y que Doris Bresley es un buen bocado salta a la vista de cualquiera. Pero bien mirado, la cosa tiene poca importancia —añadió sin duda para que desapareciera el entrecejo de su hija.

Al llegar a su casa, Doris Bresley rogó a Roger Donnelly que pasara, que entrara a estar un par de minutos en su compañía.

—¡Estoy tan trastornada después de ese espantoso espectáculo! —Y ya dentro—. ¿Quiere un whisky? Creo que nos sentará bien a los dos.

—Sí, gracias —aceptó.

En seguida supo el joven periodista que con aquella atractiva mujer tenía plan por delante. Basta ver cómo le estaba mirando para convencerse de ello.

Sin embargo, no hizo falta que se limitara a meras suposiciones. A Doris Bresley le faltó tiempo, así que le hubo servido el whisky, para sentarse cerca de él, en el sofá, y decirle, con gesto insinuante:

—Después de esa horrible muerte, me siento mucho más segura a su lado. Es usted un hombre cuya sola presencia infunde confianza, ¿no se lo han dicho?

—Sí, algunas veces —repuso Roger Donnelly—, pero siempre me lo han dicho mujeres.

—Desde luego, su encanto personal encandila de un modo irresistible —admitió.

Se había inclinado hacia él, entornando los ojos.

—Aquí el encandilado soy yo —dijo el periodista—. Tiene usted unos ojos que parecen faros iluminados.

—Eso quiere decir, si no me equivoco, que algo le gusto... —y se acercó aún más.

—Me entusiasma —repuso Roger.

—¿De veras...?

—Tan de veras, que estoy dispuesto a demostrárselo en cuanto lo desee... —e inclinándose a su vez, ya sin más la estrechó entre sus brazos.

—Iba a pedírselo —contestó Doris Bresley, yendo directo a lo suyo, que era satisfacer sus volcánicos instintos sexuales—. Pero no ahora, es preferible... ¿Qué le parece esta noche? Le espero a eso de las diez.

—Seré puntual.

—Estoy convencida de ello —sonrió al ver que el deseo relucía en las pupilas varoniles.

—Tiene encantos suficientes, sobrados, para que no le falte esa seguridad.

—Me llano Doris.

—Yo, Roger.

CAPITULO IV

Eran más o menos las diez de la noche, cuando Moira Plarisse desenchufó el televisor. La película que hacían a continuación no era de su agrado, además, ya la había visto con anterioridad en otro canal.

Lo mejor que podía hacer era acostarse.

Al día siguiente, si hacía buen tiempo, iría a por comestibles a Casseman. Solía comprar una vez por semana. Luego lo metía todo en la nevera, allí se conservaba.

Pero aún no había cerrado la ventana del comedor, ni tampoco, claro, había apagado aún las luces, cuando oyó que sonaba el timbre de la puerta. Una llamada bastante larga.

Se extrañó sobremanera, pues desde la muerte de su padre nadie solía acudir a tales horas por su casa. ¡Estaba acostumbrada, por lo demás, a recibir tan pocas visitas!

Se dirigió a la puerta, pero antes se echó más a la cara la largura de su cabello rubio. Se lo echó sobre el lado izquierdo, que era el que siempre trataba de ocultar a los ojos ajenos.

Después abrió la puerta, sin tomarse la molestia de colocar la cadena. Ella no era miedosa, nunca lo había sido. Y menos lo era ahora, que tenia la mitad del rostro terriblemente desfigurado y ello hacía, de un modo estremecedor, lacerante, que la vida le pareciera un indecible tormento.

—Buenas noches, Moira —oyó que le saludaba Lionel Dowie desde el otro lado de la puerta.

—¡Ah!, ¿eres tú, Lionel...? —se sorprendió gratamente.

—Sí.

—Pasa, pasa... —Y le abrió la puerta del todo. Y luego, ya en el comedor —. Siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, me voy en seguida —Y seguidamente—. Sin duda te sorprende mi visita.

—Sí, un poco, con franqueza —e instintivamente, Moira echó el cabello hacia su lado izquierdo.

—Hubiera podido venir en otro más oportuno, pero he tenido trabajo y... —no concluyó la frase.

—No te preocupes. Cualquier momento es bueno para recibir a un amigo.

—Pues verás, Moira, el motivo que me trae aquí es un poco delicado... —Se esforzó porque el tono le saliera tranquilo, natural—. En realidad, yo no sé cuáles son tus planes, así que quizá, hablándote como voy a hacerlo, me inmiscuía indebidamente... —de nuevo dejó la frase sin concluir.

—Di lo que sea, Lionel. Pero, por favor, toma asiento. Así charlaremos con más comodidad.

Lionel Dowie se sentó en uno de los pequeños silloncitos que habían allí, donde su corpulencia pareció reafirmarse más.

No era mal parecido y tendría como máximo unos treinta y cinco años. Además, poseía la carrera de doctor. Pero un año atrás, sólo un año atrás, de haberse declarado a Moira y de haber contraído matrimonio con ella, sin duda todo el mundo hubiera dicho que el afortunado era él, que Moira, debido a su extraordinaria belleza, se merecía algo mejor.

Sin embargo, así son las cosas, habían sufrido aquel lamentable accidente de coche y Moira había sido la que se había llevado la peor parte. Allí estaba la mitad de su rostro para constatarlo. Y ahora ya nada era como antes, no podía serlo.

No obstante, habían seguido siendo inmejorables amigos. Y aquí que, aprovechándose de ello, Lionel Dowie pretendiera ahora sacar una buena tajada.

—Se trata de tu situación económica, Moira —empezó a decir Lionel Dowie—. Por lo que imagino no debe de ser muy buena.

—No lo es —reconoció la muchacha—. Si he de decirte la verdad, es francamente mala.

—Por eso había pensado —dijo Lionel Dowie en que quizá te interesara vender esta casa.

—¿Y quién iba a comprármela? —Inquirió Moira—, Está mal arreglada, en pésimas condiciones. Soy la primera en darme cuenta de ello. Así que me hago cargo...

—A mí quizá me interesara, si es que para ti, Moira, no tuviera que representar un dolor excesivo desprenderte de ella.

—¿Te interesaría a ti? —La mirada de la muchacha se animó. Bueno, se animó la mirada de su ojo derecho. El otro sólo brillaba—. ¡Oh, Lionel, te conozco, tú eres muy bueno y estás pensando en eso como medio de ayudarme!

Lionel Dowie sonreía para sus adentros. ¡Qué bien empezaba a salirle todo! Ni sobre ruedas podía ir mejor.

—Estaría dispuesto a pagarte cinco mil libras —dijo a continuación.

—¿Lo ves, Lionel? Me ofreces una cifra excesiva.

—No, no excesiva —repuso. Pero temeroso de que el verdadero motivo que le inducía a hablar pudiera ser sospechado, se apresuró a agregar—. Además, si con ello te ayudo un poco, me sentiré feliz.

—El día que tuvimos aquel accidente de coche, tú conducías. Pero eso no significa que debas de sentir remordimientos de ninguna clase. Así que tampoco tienes por qué ofrecerme por esta casa un precio que no lo vale.

—Por favor, Moira —el doctor Dowie alargó sus manos, ¡esas manos que hacía tan poco, empuñando fieramente el mango del hacha, habían acabado con la vida de la anciana

Bárbara Muntter!, y estrechó entre ellas las de la muchacha—. No me niegues la satisfacción de ayudarme un poco, sólo un poco. Ya ves, no es pedirte mucho.

—Te lo agradezco infinitamente, Lionel. — Y lágrimas de agradecimiento

empezaron a deslizarse de su ojo derecho. El izquierdo no. Su ojo izquierdo sólo brillaba—. Te lo agradezco infinitamente... Y dado que te conozco y sé que me lo ofreces de corazón, de todo corazón, creo que voy a aceptar... En realidad —puntualizó—, me gustaría mucho poder irme de aquí, cambiar de ambiente, intentar rehacer mi vida en otra parte.

—Lo encuentro lógico, Moira. Pues bien, no se hable más. Mi trato es éste, cinco mil libras al contado por la casa y por el jardín... Podemos efectuar la compra-venta cuando tú quieras...

—De acuerdo. De todos modos... —ahora vaciló un poco—, deja que me lo piense un par de días. Me ha cogido tan desprevenida tu ofrecimiento, que la verdad es que ahora me siento algo aturdida.

—Tómate los días que quieras —dijo Lionel Dowie, no queriendo darle prisas, no queriendo demostrar la menor impaciencia, no queriendo, en modo alguno, que la muchacha pudiera llegar a sospechar de sus verdaderas intenciones.

Pocos minutos después, se despedían en la puerta, estrechándose la mano afectuosamente. Como habían hecho tantas y tantas veces.

Lionel Dowie se dirigió a su casa. Iba contento, satisfecho. Estaba claro que había conseguido engañar por completo a Moira Plarisse. Así que ella le vendería la casa y él se convertiría en su nuevo propietario y entonces sería el dueño de aquella fortuna en joyas que se hallaba escondida cerca del pozo, junto a las raíces del árbol.

Claro que, a poco que analizara los hechos, comprendía que se estaba portando como un miserable, como un canalla. A más que, por salirse con la suya, se había convertido ya en un asesino. Pero tuvo que hacerlo. Si la anciana Bárbara Muntter seguía hablando de las joyas que vio y alguien terminaba creyéndola, quizá entonces Moira ya no hubiera querido vender... Así, pues, había hecho bien.

De todos modos, traicionar tan alevosamente a Patrick Plarisse, al padre de Moira, que hasta el último instante de su vida depositó su absoluta confianza en él... Pero ¡al diablo eso de traicionar a un muerto! El quería para sí aquella fortuna, aquellas quinientas mil libras esterlinas en joyas. Cuando consiguiera su objetivo, entonces podría dar la vuelta al mundo. Podría ir a vivir como un príncipe por los cinco continentes. Ya no volvería a tener que hacer autopsias...

Aunque, claro, a una autopsia debía la inmejorable situación en que ahora se hallaba. No debía menospreciarla tanto.

De pronto. Lionel Dowie se detuvo en sus reflexiones. También detuvo sus pasos. Acababa de oír que alguien se acercaba.

Se ocultó tras unos matorrales y quedó a la espera de ver de quién se trataba.

Pronto pudo verlo.

Era su hermano Jackie quien se dirigía a...

Quedó tras los matorrales.

Tenía que averiguar adónde iba.

Lo averiguó en seguida. Iba a casa de Moira, cuyo timbre hizo sonar así que llegó junto a la puerta. Allí quedó quieto, a la espera de que se le abriera.

La puerta, en efecto, no tardó en abrirse.

—¿Eres tú, Jackie...? —la muchacha demostró asombro.

Recibir la visita de Lionel Dowie ya le había sorprendido, pero recibir la de Jackie, pocos minutos después, evidentemente era para sorprender aún mucho más.

—Sí, soy yo. ¿Puedo pasar, Moira?

—Claro que sí. No faltaría más. —Y le cedió el paso.

Lionel Dowie había oído este cruce de palabras. Así que, apenas se cerró la puerta de la casa se apresuró a ir de nuevo hacia allí. Bueno, no exactamente hacia allí, sino hacia la ventana del comedor. Con anterioridad se había dado cuenta de que, debido sin duda a lo calurosa que era aquella noche, estaba un tanto entreabierta.

Quedó, por tanto, junto a la ventana, agudizando el oído.

—Espero que no te sepa mal que venga a verte a estas horas, Moira —le oyó decir a su hermano Jackie— La verdad es que he preferido que nadie me viera entrar.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó la muchacha.

—Vengo a proponerte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Me gustaría comprarte ¡a casa. Estoy dispuesto a pagarte bien. No se trata de abusar de tu situación, nada de eso.

—¿Comprarme la casa? —el tono de Moira fue, ahora, de auténtica y total perplejidad. Y añadió—: Francamente, no eres el primero en venir con tal pretensión.

—¿Ah, no?

—No. Sólo que, el que se te ha adelantado, ha venido, más que nada, a prestarme un favor... Algo a lo que tú, como es lógico y natural, no debes estar dispuesto.

—¿Cuánto te han ofrecido, Moira?

—Cinco mil libras. Como verás, es una cifra que excede mucho del verdadero valor de la casa.

—Sí, excede... —asintió—. Sin embargo, Moira, yo estoy dispuesto a ofrecerte más, bastante más.

—No me lo digas, no me lo creo —la muchacha iba de perplejidad en perplejidad—. Esto no tiene sentido.

—Estoy dispuesto a darte ocho mil libras. Siempre y cuando —especificó — la compra venta se efectúe en plan discreto, es decir, sin que llegue a oídos de nadie. Ocho mil libras al contado. Ahora tienes tú la palabra, Moira.

—Pero tanto dinero... —balbució—. Jamás pude imaginar que nadie pudiera ofrecerme una cantidad tan elevada por una casa en este estado...

—Piénsatelo, Moira. Y ya me dirás algo.

—Sí, ya te contestaré.

—Soy el mejor postor... Por lo que supongo que te decidirás por mi ofrecimiento, puesto que, como es natural, te trae más cuenta vender caro que barato.

—Sí —dijo Moira—, me interesa vender lo más caro posible.

—Pues quedo a la espera de lo que me digas.

—Sí, Jackie.

Jackie Dowie no tardó en salir de la casa, dirigiéndose, entonces, hacia la suya, Pero no reparó en que su hermano Lionel le seguía paso a paso, convertido en una sombra más de las muchas que ya había tendido la noche.

Jackie Dowie se veía ya dueño de aquella fortuna, de aquellas joyas, y respirando hondamente, profundamente, se detuvo en medio del camino.

Allí estuvo un par de minutos, saboreando de antemano su futuro. Por lo menos, lo que él creía que iba a ser su futuro.

Sí, allí estuvo un par de minutos. Bueno, quizá tres.

Como fuera, los suficientes para que su hermano Lionel tuviera tiempo de ir a buscar el hacha...

* * *

Roger Donnelly sintió que los brazos de Doris Bresley, sin darle tiempo a nada, le rodeaban el cuello. Una sensación embriagadora.

Aún más embriagadora, puesto que notó pegado al suyo el cuerpo de ella, tibio, caliente, palpitante. Un cuerpo al que sólo cubría una ligera bata, descuidadamente sujeta a la cintura.

—Eres muy apasionada.

—¿No te gusto?

—Sí, pero me gusta más ser yo quien tome la iniciativa. Contigo eso no va, ya lo veo, te lanzas al ataque en seguida, y con todo el armamento por delante.

Doris empezó a besuquearle, y Roger, excitado por su proximidad, le soltó el cinturón que le sujetaba la bata al talle. La bata, por descontado, se deslizó hasta el suelo.

Doris Bresley no llevaba nada debajo, así que sus formas incitantes, tentadoras, aparecieron en todo su esplendor. Sobre todo, causaban verdadera admiración sus senos erguidos, desafiadores, de pezones endurecidos.

Roger Donnelly tardó escasos segundos en llevarla hacia la cama y en tirar de ella hasta dejaría allí tendida. Luego se echó sobre ella.

A continuación, besos, caricias, que agitaban entre gemidos de satisfacción el cuerpo de ella, haciéndola entrecerrar voluptuosamente los ojos.

Roger acariciaba aquel cuerpo, sus muslos, sus caderas, sus senos redondos, duros, contundentes, y se sumergía en el dejarse llevar por sus instintos.

Y poco después, llegó a su momento más álgido el goce sexual, un

verdadero desbordamiento de estremecimientos, de placer, y ellos dos, en aquel instante, se olvidaron del resto del mundo.

Pero el mundo estaba allí y cerca de ellos por cierto. De eso que de pronto, cuando menos lo esperaran, oyeran aquel grito tan terrible.

Tan espantoso...

Tan horripilante...

Había sido dado por un hombre. No muy lejos de aquel lugar. Hacia la localidad, hacia Casseman.

Roger Donnelly saltó de un brinco de la cama, apresurándose a vestirse. Tenía que averiguar a qué se había debido aquel alarido. Sí, alarido... Más que nada había sido eso.

—No te vayas —suplicó Doris Bresley, que deseaba ansiosamente que continuara a su lado.

Aún sentía cómo el placer le recorría el cuerpo.

—¿No has oído ese grito...? —Le censuró Roger Donnelly—. Hemos de prestar ayuda, a quien sea, si es que aún estamos a tiempo de hacerlo...

—Debe tratarse de algún loco —dijo Bresley—. Sólo un loco gritaría así, estoy segura.

—Yo creo —opinó él— que más que tratarse de un loco, se trata de una pobre y desgraciada víctima... Como lo fue la anciana Bárbara Muntter.

—¿Quieres decir con esto, que ya ves otra cabeza separada de su correspondiente cuerpo? Me parece que tienes una imaginación excesiva. Esas cosas pasan una vez, no más.

—Pues yo diría que sí —afirmó Roger Donnelly—. Ese grito ha sido harto elocuente.

—Entonces, ¿te vas?

—A todo correr.

Dicho y hecho, salió corriendo de aquella casa. Lo más apresuradamente posible.

Pero, por desgracia, la celeridad que imprimió a sus largos pasos no sirvió de mucho. De nada. Cuando llegó al lugar del grito, ya no encontró con vida a la persona que lo había proferido.

¿Cómo iba a estar con vida, si su cabeza se hallaba en un sitio y su cuerpo en otro? La cabeza permanecía a unos dos metros de la carretera, metida en un pequeño hoyo, y el cuerpo se hallaba unos tres o cuatro metros más allá. De lo que se deducía fácilmente que la cabeza, al ser seccionada, había caído con fuerza y había dado varias vueltas sobre sí misma.

Los ojos de aquella cabeza habían quedado abiertos, desmesuradamente abiertos, pero sin iris, sin pupilas, en blanco, evidentemente vueltos del otro lado. También la boca permanecía totalmente abierta, o más bien, enteramente desencajada. De lo que se deducía, asimismo, que el horror que había sentido la víctima instantes antes de morir había sobrepasado toda medida.

—Otra muerte de idénticas características...

—Resulta pavoroso...
—Escalofriante...
—Aterrador...
Los comentarios se parecían mucho. Tenía que ser forzosamente así, pues unos y otros se sentían inmersos en aquel mismo horror. Un horror que parecía hacerse más palpable, y más angustioso, porque todo hacía presumir que el asesino estaba allí, y cerca de ellos.
Posiblemente era uno de ellos.
Podía tratarse de otra persona, claro. Un simple vagabundo, o alguien de la cercana localidad. Pero no, unánimemente presentían que se trataba de uno de los ocupantes de aquellas seis casas.
—¿No sospecha de nadie? —le preguntó Priscilla al joven y apuesto periodista.
—No, en absoluto —contestó él.
—Se lo preguntaba —no pudo evitar cierto marcado retintín— porque como después de la cena ha querido dar un paseo, para ver si sacaba alguna deducción de lo que podía haberle sucedido a la anciana Bárbara Muntter, pienso que, durante ese paseo, ha podido quizá averiguar...
—No, no, nada.
—Desde luego no me extraña —dijo Priscilla— porque si he de serle sincera, no me he creído lo de ese ingenuo e inofensivo paseo... Ni mi padre tampoco, por descontado... Estando aquí Doris Bresley, lo lógico es suponer que...
Ante el gesto de enojo, de enfado, de la muchacha, Roger Donnelly hubiera soltado una franca carcajada a no ser porque le detuvo el hecho de que allí cerca estuviera un cuerpo decapitado. No obstante, no pudo contener un risueño comentario.
—Parece celosa.
—¿Yo? —Se indignó Priscilla—. ¿Yo celosa de esa fresca? ¿Por quién me ha tomado usted?
—Yo no me equivoco nunca, por lo que la he tomado por lo que es, una buena chica, por cierto preciosa...
—Con la que usted, Roger, o cualquier otro, no lo tiene tan sencillo como con esa tal Doris Bresley. —Indudablemente, su enojo, su enfado, continuaban.
—¿No...?
—A mi no se me lleva a la cama así por las buenas.
—Es una lástima, se lo aseguro —bromeó Roger Donnelly, y ahora la acarició descaradamente con la mirada.
—Oiga, a mí no me mire así.
—¿Cómo la miro? Mis ojos son los de siempre.
—Me está quitando la ropa de encima. Hasta la última pieza.
—No estoy haciéndolo, pero, por descontado, por falta de ganas no quedo.
—Es usted un... un... —pero no encontró la palabra adecuada y concluyó

—: Le suponía, después de estar con Doris Bresley, más sosegado...

—Teniéndola a usted delante, esa clase de sosiego es imposible. Puedo jurárselo.

—Si cree que me está halagando, se equivoca. A mí no se me halaga con tan poco.

—Si usted lo dice...

—No me salga presuntuoso. ¡No faltaría más que eso!

—Bueno, regresemos ya —terció Roger Donnelly—. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Desgraciadamente para Jackie Dowie, es tarde ya para todo. Por otra parte, de un momento a otro llegará la policía. La acompaño.

—No es preciso.

—¿Con un asesino suelto y dice que no es preciso? Por favor, Priscilla, no diga disparates. Es imprescindible.

La cogió del brazo, con decisión, con fuerza. No estaba dispuesto a soltarla.

* * *

Cuando se fue la ambulancia con el cadáver de Jackie Dowie, sus dos hermanos, Lionel y Glen, se retiraron a su casa. Ambos francamente trastornados por la terrible desgracia acaecida.

Los dos daban la impresión de hallarse presos de un profundo dolor, pero, claro, lo cierto es que sólo uno de ellos era sincero. El otro no, no. Por descontado que no.

Lionel había sido el asesino.

Pero había estado fingiendo bien, representando a la perfección su papel. Tan a la perfección que él mismo se asombraba de sus increíbles dotes de artista.

Sin embargo, Lionel sabía sobradamente que el mérito no era sólo suyo. Lo era ante todo del whisky.

Del whisky que había ingerido así que, al poco de alzar el hacha en el aire, descargó el furibundo y contundente golpe. Así que, habiendo cortado la cabeza a su hermano Jackie, llegó a su casa, donde entró por la puerta trasera.

Entonces se dirigió a su dormitorio, cogió la botella de whisky que nunca faltaba en su armario y bebió, bebió, hasta emborracharse.

O hasta que faltó poco para ello.

Sin embargo, a él, embriagarse, le sentaba bien. Le proporcionaba una entereza, unos ánimos, una serenidad realmente fuera de su auténtica personalidad. Entonces dominaba perfectamente la situación, cualquiera que esta fuera, o pudiera ser.

Beber whisky, por tanto, sólo le proporcionaba ventajas. Inestimables ventajas.

Siempre había sido así a lo largo de su vida. Lo sabía. Por eso, en esta ocasión, como en el caso de la anciana Bárbara Muntter, no se había olvidado

de recurrir a su gran antídoto.

Ese antídoto que le proporcionaba valor, firmeza, contrarrestando decididamente su miedo, sus temores, todas esas vacilaciones que tan sospechosas pudieran haber resultado.

Todo se lo debía al whisky, Y sí, conocía sus beneficiosos efectos desde la primera vez que bebió.

Bueno, realmente el whisky sólo le había fallado en una ocasión. Fue el día que tuvo aquel lamentable accidente de coche, llevando a Moira a su lado. Lo cierto es que había bebido en exceso y que cuando, ya de regreso, se presentó la pronunciada curva, le faltaron los reflejos precisos para salir airoso del trance. De no haber bebido, seguro que el accidente no hubiera acaecido, ya que era un magnífico conductor. Aunque nadie, ni la propia Moira, llegó siquiera en tal ocasión a darse cuenta de que lo sucedido se había debido a las copas que llevaba de más. La borrachera, a él, nunca se le notaba.

En fin, no había por qué pensar más en el pasado. Lo único importante, básico, primordial, era el presente.

Ese presente en el que estaba quitando de en medio a todo aquel que le estorbaba...

Y sin hacerse sospechoso.

CAPITULO V

A la mañana siguiente, Priscilla dijo al periodista:

—No debiera expresarme como voy a hacerlo, ya me doy cuenta. Sin embargo... —vaciló su voz, ostensiblemente, llena de angustia.

—Dígame, Priscilla —le animó a proseguir—. Después de la amable hospitalidad que me han dispensado, si en algo puedo ayudarles, sería para mí un verdadero placer hacerlo.

—Pero, hágase cargo, después de cómo ayer me estuvo mirando, y de las impertinencias que me dijo...

—¿Le dije impertinencias?

—Sí, sí...

—Bueno, pues las retiro. Humildemente las retiro.

—Siendo así —esbozó una sonrisa, o por lo menos media sonrisa—. Voy a decírselo...

Vio que Roger Donnelly quedaba a la espera de sus palabras y luego de mirar a su alrededor y de cerciorarse de que estaban solos, añadió:

—Le pido que no se vaya... ni siquiera cuando tenga el coche ya arreglado.

—¿Cómo? —se extrañó de la petición.

—Eso, lo que ha oído, le pido que de momento no se vaya. Pero, por favor, que no se entere mi padre de que le estoy hablando así.

—Dígame de qué se trata. Porque se trata, a juzgar por su expresión, de algo muy serio.

—Sí, desde luego.

—Cuente de antemano conmigo.

—Gracias. Pues verá... —vaciló su voz, deteniéndose.

—Continúe.

—Va a pensar que soy una tonta. Pero no, tengo el presentimiento de que mis temores son justificados... —Y decididamente, prosiguió—: Estoy convencida de que esas dos horribles muertes se deben a la casa de Moira, que por lo visto está dispuesta a vender... Y como ahora resulta que mi padre quiere también comprarla... No, no he podido disuadirle de su idea y la verdad es que estoy muy asustada... Por eso le pido que no se vaya todavía, para que proteja a mi padre. ¿Me comprende usted, Roger?

—No del todo —reconoció el joven—. La comprenderé mejor si me lo cuenta por partes, más despacio.

—Jackie Dowie iba a adquirir la casa de Moira, me he enterado por ella misma. Cuando salía de proponerle la compra, fue cuando le asesinaron, cuando le cortaron la cabeza.

—Debe ser una mera coincidencia, ¿no cree? —preguntó Roger Donnelly.

—No, no lo creo.

—¿Y la anciana Bárbara Muntter? ¿Quería también comprar la casa...? No, ¿verdad? Pues entonces...

—Su caso es distinto, desde luego. Aunque en cierto modo su caso se hallaba también unido a la casa de Moira. La anciana aseguraba que el padre de Moira poseía en joyas una verdadera fortuna. Usted mismo ya oyó hablar a la anciana en tal sentido, cuando la encontramos que iba en busca de caracoles.

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Lo curioso del caso —señaló Priscilla— es que Lionel Dowie también está dispuesto a adquirir la casa de Moira. Ahora parece interesado todo el mundo por esa propiedad.

—Esto sí que parece más que una coincidencia —asintió el joven periodista.

—Sabía que llegaría a mi misma deducción, o al menos a una deducción parecida.

—¿Cuál es la suya, Priscilla? La suya, exactamente.

—No lo sé —dijo—. Sólo puedo decirle que me inquieta enormemente el ambiente que ahora nos rodea.

—Pues yo por mi parte sólo sé —repuso Roger Donnelly— que no me iré de aquí hasta que pueda dejarla completamente tranquila.

—Se lo agradezco muchísimo.

—Usted se lo merece todo, por encantadora, por guapa, por...

Pero oyó que se acercaba el señor Poone, el padre de Priscilla, y se interrumpió. Pero sólo para proseguir de esta otra guisa.

—Lo lamento, pero me ha dicho el mecánico del garaje que el coche no podrá tenérmelo arreglado del todo antes de un par o tres días... —Se volvió hacia el señor Poone, que ya estaba ante ellos—. ¡Ah!, ¿es usted...? Precisamente le estaba diciendo a su hija...

—Sí, ya lo he oído —repuso el dueño de la casa—. No se preocupe. Puede seguir siendo nuestro huésped.

—Es usted muy amable, pero, francamente, resulta un poco violento abusar tanto de su hospitalidad. Si encontrara algún modo de corresponderle.,. —E improvisó sobre la marcha—: Bueno, bien mirado quizá se me presente esa ocasión.

—¿Sí?

—Su hija acaba de decirme que está usted interesado en la posible compra de la casa de esa muchacha llamada Moira. Cuando usted vaya, podría yo acompañarle, y asesorarle un poco... Me refiero al estado de la casa, metros de la propiedad, precio aproximado de la misma... Aunque esté mal decirlo, entiendo bastante de ello, ¿sabe? Trabajé en eso antes de ser periodista.

—Comprendo —sonrió el señor Poone—. Yendo con usted pagaré lo justo, pero ni una libra más. Pues nada, acepto encantado su colaboración.

—Que espero no haya tomado como una intromisión mía en sus asuntos particulares.

—Por favor —protestó—, todo lo contrario.

A mí me encanta la idea de que mi padre esté debidamente asesorado —

intercaló Priscilla, queriendo ayudar a Roger.

Aunque, evidentemente, no era un hombre que necesitara muchas ayudas. De carácter desenvuelto, dinámico, improvisador, le sobraban métodos y formas para abrirse caminos en todas direcciones. Saltaba a la vista que así era.

* * *

Moira Plarisse quedó verdaderamente asombrada cuando, al cabo de recibir la visita del señor Poone, de su hija Priscilla y de Roger Donnelly, quedó enterada del motivo que les llevaba allí.

—¿Otros compradores...? —Parecía no terminar de creérselo—. Francamente —reconoció— no acabo de entenderlo... Resulta tan poco lógico, tan insólito...

Mientras ella pronunciaba estas palabras, Roger Donnelly reparaba, si bien con la máxima discreción posible, en el rostro desfigurado de la muchacha. En aquel medio rostro donde una terrible cicatriz hundía implacablemente el pómulo, entrecerraba siniestramente el ojo y torcía escalofriantemente la boca.

Sin embargo, Moira inclinaba hacia adelante el cabello largo y rubio, y el lado izquierdo de su rostro quedaba medio oculto. No así el lado derecho, que enseñaba en su totalidad, ofreciendo toda su belleza.

—¿Tan insólito le parece, Moira, que yo me interese en la compra de esta casa? —preguntó el señor Poone.

—No que sea usted —aclaró la muchacha del rostro desfigurado—, sino que sean tantos, y en tan poco tiempo, a los que se les ocurra comprar algo que... que... ya ven. —Les indicó el interior de la vivienda, con gesto desalentado—. Está en muy mal estado. Para dejarlo todo en condiciones, habría que gastar mucho. Soy la primera en comprenderlo, así que no puedo esperar gangas...

—A mí me interesa la casa —le hizo saber el señor Poone—. Así que, quizá encuentre en mí un comprador dispuesto a no abusar...

—En cuanto a pagar bien —dijo Moira— seguro que no encuentro otro cliente mejor que Lionel Dowie... El doctor Dowie, usted ya le conoce... En realidad —por lo visto no le importó decirlo— pretende ayudarme, esto lo primero... Sin embargo —reflexionó Moira—, su hermano Jackie no tenía por qué querer ayudarme, en absoluto, y sin embargo estaba dispuesto a pagarme aún mucho más... Sí, esto resulta desconcertante... Cuanto más lo pienso, más desconcertante lo encuentro...

—Pero Jackie Dowie ha muerto —apuntó el señor Poone—, así que quizá le resulte conveniente dar con un nuevo cliente. Aunque, claro, hasta que no vea por entero la casa...

No tardó en verla, percatándose, en efecto, de que se hallaba muy mal cuidada. No es que estuviera sucia, todo lo contrario, relucía de limpia, pero

la penuria económica de la propietaria saltaba a la vista. Faltaba pintar, empapelar, arreglar las puertas, pulir el suelo, un todo que, en su conjunto, confería un aspecto lamentable a la vivienda.

—Me gustaría ver el jardín, la parte trasera, si a usted no le importa, Moira... —dijo el señor Poone, que hasta entonces había sido el único en hablar.

Roger Donnelly, hasta aquel momento, se había limitado a observar. Por cierto, lo que más había llamado su atención, eran dos barriles que había visto en la habitación trastera.

En cuanto a Priscilla, tampoco había dicho riada hasta ese momento. Ella por la sencilla razón de que allí dentro se encontraba mal, violenta, incómoda.

—Claro que no me importa enseñarle el jardín —repuso Moira—. Antes de decidirse por la compra, tiene que verlo todo bien. Me hago cargo perfectamente. Vengan por aquí...

Al poco estaban en la parte trasera del jardín, cerca de un pozo inutilizado, junto al cual crecía un árbol.

El día estaba nublado, oscuro. Tanto que la negrura del cielo, que se iba intensificando por instantes, hacía pensar en una tormenta. Como las que estaban teniendo últimamente. Unas tormentas muy intensas, seguidas de un viento fuerte, violento, que agitaba rabiosamente las ramas de los árboles.

Pero allí, en la parte trasera de la casa, apenas había árboles. Sólo uno destacaba, el que crecía junto al inutilizado pozo. Un pozo cuya abertura se hallaba taponada por tablones de madera.

—Como verán —indicó Moira—, todo esto se halla también muy descuidado. Antes lo teníamos mejor, pero desde que sufrí el accidente y quedé así..., así... —se llevó las manos al rostro, mientras la voz se le llenaba de desgarradora amargura—. Desde ese momento, ya no tuve ánimos para nada. Después llegó la muerte de mi padre y...

—Por lo demás —añadió el señor Poone— su situación económica no es buena. Pero no por ello vengo dispuesto a aprovecharme de las circunstancias —se apresuró a aclarar—: Nada más lejos de mi intención.

—Agradecida, señor Poone. De todos modos, ya le he dicho antes que tengo en Lionel Dowie un buen cliente. Me ofrece cinco mil libras por esta casa, cifra que no creo que usted se halle dispuesto a sobrepasar.

—Francamente —reconoció el señor Poone—, yo había pensado en algo menos. De todos modos, déjeme pensarlo con un poco de calma.

—No faltaría más.

—Eso de que está usted en malas condiciones económicas, Moira —intercaló Roger Donnelly, considerando que era el momento idóneo de hablar en tal sentido—, sinceramente, no termino de entenderlo.

—Yo tampoco, lo que usted dice ahora...

—Me refiero —dijo el periodista— a que la creía dueña de unas valiosísimas joyas. La anciana Bárbara Muntter me habló de ellas precisamente poco antes de morir asesinada.

—Era una buena mujer —repuso Moira—, pero la pobre veía visiones. ¡Imagínese que aseguraba que vio a mi padre con esas joyas en las manos, acariciándolas una y otra vez!

—¿Y no era cierto? —siguió a la zaga.

—¡Qué va a serlo!

—¿Se lo preguntó a su padre? —inquirió de nuevo.

—Sí, sí —repuso Moira—. Ante la insistencia de aquellas aseveraciones, interrogué a mi padre una y otra vez... Y mi padre me respondía siempre lo mismo, que la anciana no estaba bien de la cabeza.

—¿Pudo su padre, por algún motivo especial, no decírselo a usted y, en cambio, optar por sincerarse con alguna otra persona? —Roger Donnelly intentaba sacar agua clara.

—¿Cómo no iba a decírselo a mí, su única hija, una hija a la que adoraba, y decírselo en cambio a otra persona?

—Sí, claro —admitió el joven—, resulta un poco peregrina la suposición. De todos modos, ¿cómo explicaba la anciana...?

—La explicación se la daba a sí misma, pues ella siempre había tenido muy presente a mi tía Rita.

—¿A su tía Rita? —preguntó Roger Donnelly.

—Me refiero a la hermana de mi padre. Se escapó de casa cuando tenía dieciséis años. Yo aún no había nacido.

—¿Y...? —en esta ocasión, sólo una letra como nueva interrogación.

—La anciana Bárbara Muntter la recordaba perfectamente, y seguía en sus trece, diciendo y repitiendo lo que siempre había dicho, que tía Rita volvería rica, millonaria, pues habría hecho con sus encantos verdaderos estragos entre los hombres.

—¿Los había hecho?

—A través de los años, tía Rita nos escribió sólo unas siete u ocho veces. Al hacerlo, sin embargo, omitía hablar de su situación económica. Nos prometía siempre, eso sí, que pronto vendría a visitarnos.

—¿Vino?

—No, nunca. Hasta que, no hace aún un año, recibimos la noticia de su repentina muerte —dijo Moira—. Había cogido una pulmonía, se le había complicado, en fin, ése fue su final. Entonces mi padre fue al entierro.

—Visitaría a su abogado —repuso Roger Donnelly, sin querer perder el hilo de aquello.

—Sí —reconoció Moira—. Mi padre creía que tía Rita habría dejado algo que valiera la pena, y como sea que no se había casado, ni había tenido hijos... Pero no, tía Rita al morir no tenía más de quinientas libras. Pero eso... la anciana Bárbara Muntter no se lo creyó nunca. Se le metió entre ceja y ceja la idea de que mi padre ocultara algo, y de eso no la sacó nadie. Por ello, digo yo, debió inventarse lo de las joyas...

—Es una explicación —admitió Roger Donnelly.

—Pero a mí esas fantasías no me llegan al plato —repuso Moira—, así que

me interesa un buen comprador para esta casa. Será para usted, señor Poone —puntualizó— si me paga más de cinco mil libras. De lo contrario, le cederé la propiedad a Lionel Dowie.

—Es muy razonable lo que me dice —el señor Poone le tendió la diestra —. Bueno, ya le responderé algo. Adiós, Moira.

—Adiós, señor Poone. Hasta más ver, Priscilla. Ha sido un placer, señor Donnelly.

—Hasta la vista, Moira —dijo Priscilla.

—Encantado de haberla conocido, Moira —saludó gentilmente Roger Donnelly.

CAPITULO VI

Al salir de allí, Roger Donnelly estaba ya convencido de una cosa. De que Priscilla tenía razón, y de que aquellas dos horribles muertes estaban relacionadas con la venta de aquella casa.

—Pero no termino de atar cabos —reconoció.

—Y mi padre se empeña en comprarla —le recordó Priscilla.

—Yo intentaría disuadirle de esa idea.

—Ya lo he intentado. No ha servido de nada.

—Dígale en qué se cifran sus temores.

—Se lo he dicho ya. Me aseguró que son cosas de chiquilla, sin fundamento de ninguna clase.

—Pues si usted, Priscilla, no puede convencerle de que debe dejar para otro esa compra, ¿qué voy a poder conseguir yo? Por más que desee ayudarla...

—Sí, francamente, el asunto está complicado.

—Bueno, sólo veo una solución —sentenció Roger Donnelly, tras una pausa no demasiado larga.

—¿Cuál? —se interesó la muchacha.

—¡Descubrir quién es el asesino! —exclamó.

—¿Cómo ha dicho...?

—Descubrir quién es el asesino —repitió. Y añadió seguidamente—: Hecho lo cual, éste será detenido y su padre ya no correrá el menor riesgo. Podrá comprar o no comprar, según le dé. Usted ya no tendrá por qué estar asustada.

—Le agradezco mucho su buena voluntad —dijo Priscilla—. Pero me temo que descubrir a un asesino sea algo más difícil que escribir un artículo para un periódico.

—Supongo que sí —admitió—. Sin embargo, si me lo tomo con método, con técnica y a la vez con un poco de astucia, estoy convencido de que puedo llegar a hacerlo bien, logrando un desenlace satisfactorio.

—Parece olvidar —insistió Priscilla— que si se mete seriamente en este asunto, al asesino puede sentarle mal.

—Doy por descontado que no va a sentarle bien. Pero acepto de antemano todas las consecuencias, quizá en el fondo convencido de que conmigo no va a poder.

—No vaya a confiar demasiado en sí mismo. Piense que un hombre capaz de semejantes muertes, no ha de detenerse ante nada.

—Lo mismo que yo —dijo Roger Donnelly—. No me detengo ante nada, frente a la posibilidad de lucirme ante una chica guapa.

—Eso va por mí, supongo —sonrió Priscilla.

—Claro.

—Pues precisamente porque va por mí, le ruego que no se arriesgue

excesivamente. Recuerde que yo sólo le he pedido que proteja a mi padre.

—Lo haré, pierda cuidado. Bueno —terció de pronto—, es hora de que me lance al ataque. Quiero decir, que cuanto antes empiece a moverme, tanto mejor, ¿no le parece?

—¿Y qué es lo que va a hacer?

—Para empezar, voy a ir a hablar con Lionel Dowie, uno de los personajes más engarzados en esta morbosa historia. Hablaré también con su hermano Glen, por descontado. Después iré en busca de ese tal Tony Peters, el que quiere ser artista de cine...

—¿Y no irá a hablar también con Doris Bresley? —inquirió la muchacha con los labios fruncidos en un mohín que disimulaba mal su desdén.

—No creo que sea necesario... —se rió un poquito—. Claro que si lo considero imprescindible, hágase cargo, mandan las circunstancias...

—Le gusta darme celos, ¿eh? —dijo ella, reparando en la expresión divertida de él—. O creyendo que me lo da, que no es lo mismo.

—No me gusta darle celos, ni simplemente creer que se los doy —dijo Roger Donnelly. Y poniéndose súbitamente serio—: Lo que de verdad me gusta... es usted. ¡Y de qué modo! Hasta se me ha ocurrido pensar que podría llegar a casarme...

* * *

Lionel Dowie le había recibido con una gran serenidad, haciéndole pasar al saloncito y ofreciéndole un asiento.

—Usted dirá.

—Venía a hablarle de lo que sucede por aquí —dijo Roger Donnelly—. No me considere un entrometido, ya que en realidad, me hago cargo, no soy más que un forastero. Un forastero que dentro de un par de días ya no estará aquí. Pero la señorita Priscilla Poone se siente inquieta por esas horribles muertes y yo me considero medio obligado a averiguar algo, si es que me resulta factible hacerlo... Le debo a ella y a su padre la amable hospitalidad que me han ofrecido... No sé si lo sabe usted, se me estropeó el coche frente a la casa de ellos...

—Aquí se sabe todo en seguida —repuso Lionel Dowie. Y añadió—: Me hago cargo de su interés por esclarecer el móvil de esos crímenes y por descubrir al autor de los mismos. De todos modos, la policía ya está metida en el caso...

—La policía —manifestó el periodista— a veces suele ser demasiado lenta. Cuando da con el asesino, ya es tarde... Ya es tarde, al menos, para algunos... Y yo no quiero, en este caso concreto, que a Priscilla, ni a su padre, pueda sucederles algo malo.

—¿Por qué iba a sucederles...? —inquirió Lionel Dowie.

Roger Donnelly le había solicitado por teléfono que le permitiera visitarle. A lo que él había asentido con fingida complacencia.

Pero, claro, aquello no le había gustado nada. Sobre todo porque presumía que el joven periodista iba a acudir en plan fisgón, entrometido. Como buen periodista, el tema de aquellos crímenes debía estar seduciéndole bastante.

Por eso, para prevenirle de lo que se le avecinaba, Lionel Dowie había recurrido una vez más a la botella de whisky. De ello que ahora, dueño de sí mismo y de sus reacciones, no le asustara en absoluto la presencia que tenía que soportar.

—Usted podría ayudarme a desenredar esta madeja —dijo Roger Donnelly —. Estoy convencido de ello, aunque, sinceramente, no sé exactamente por qué.

—¿Ayudarle yo? —Y con una serenidad sencillamente admirable—: Pues si lo cree así, dígame cómo puedo hacerlo.

—Para empezar, hábleme de Moira y de usted. Según tengo entendido, el accidente de coche que sufrieron fue el motivo de que...

—Sí —dijo Lionel—, íbamos juntos en aquella lamentable circunstancia. Regresábamos de una fiesta, todo había ido bien, parecía un día maravilloso, y sin embargo, de pronto, al llegar a una curva... Pero, ¿qué tiene que ver eso — inquirió de súbito— con esas muertes...?

—Nada, como es lógico —repuso Roger Donnelly—. Sólo se trata de que yo empiece a conocer un poco a las personas que habitan en estas seis casas. Mucho me temo que en una de ellas viva el asesino.

—Sí, lo creo —afirmó Roger Donnelly—. Así que considero de vital importancia todo lo concerniente a las vidas de esas personas. Por tanto, si a usted no le importa proseguir...

—No, no, en absoluto —y prosiguió—: En aquella curva el coche dio dos vueltas de campana. No hubiera sido de extrañar que ambos perdiéramos la vida. Fue un milagro que tal cosa no sucediera. Lo malo fue aquel cristal de la ventanilla, que se clavó en la cara de Moira, en el lado izquierdo... Pero sucedió, y el lado izquierdo del rostro le quedó terriblemente desfigurado...

—Sí, ya he tenido ocasión de darme cuenta de ello. ¡Pobre muchacha!

—Es verdaderamente lamentable, sí. Se trata de una excelente muchacha, merecedora de mucha mejor suerte.

—¿Eran novios —preguntó Roger Donnelly— cuando sucedió el accidente?

—No, no... —se apresuró a decir. Luego añadió—: De serlo, a estas horas seríamos ya marido y mujer. No iba a plantarla por eso.

—Pero, bueno —insistió el periodista—, por aquel entonces, ¿estaba usted sentimentalmente interesado por ella...? Debía ser una muchacha muy atractiva, muy atrayente...

—Era sólo una buena amiga. Reconozco que era muy atractiva, muy atrayente, como usted bien dice, pero la idea de casarme con ella jamás..., jamás —mintió Lionel Dowie— había cruzado por mi pensamiento. No era mi ideal como mujer, como esposa. Quizá parezca un poco extraño, pero evidentemente era así.

—¿Y ella? —preguntó—. ¿Estaba enamorada de usted?

—Desde hace mucho tiempo, Moira está enamorada de Tony Peters, uno de nuestros vecinos. Un tipo alto, guapo, que quiere ser artista de cine. Bueno, es al menos lo que siempre me dijo de su hija el señor Patrick Plarisse...

—Un hombre, Patrick Plarisse, del que se comentan cosas extrañas —señaló el periodista.

—¿Extrañas? —inquirió Lionel Dowie.

—Respecto a unas valiosísimas joyas —hizo constar.

—¡Ah, vamos!, se refiere usted a lo que solía decir aquella pobre anciana. Bárbara Muntter... —La serenidad de Lionel Dowie fue todo un alarde—. No, no haga usted el menor caso de tales palabras. El padre de Moira no tuvo nunca en su poder semejantes joyas. Lo cierto es que murió más pobre que las ratas.

—Tampoco hubiera sido nada extraordinario que Rita, su hermana, le dejara al morir... —apuntó la posibilidad, mientras le taladraba con la fijeza de su mirada.

—No, desde luego que no —admitió Lionel Dowie, esta vez removiéndose un poco en su asiento—. Rita fue una mujer muy hermosa, de pocos escrúpulos morales... Sin embargo, tenía el vicio del juego, y cuando se tiene esa clase de vicios, ya sabe usted lo que pasa, lo normal es morirse sin blanca.

—¿Quién le dijo que tenía el vicio de jugar?

—Patrick Plarisse, su propio hermano —la respuesta salió rápida.

Roger Donnelly pensó que, quizá demasiado rápida. Lo que no le impidió admitir:

—En este caso, no debemos asombrarnos de que Patrick Plarisse y su hija no heredaran nada, o casi nada, de ella. —Y acto seguido—. Pasando a una última cuestión, ¿qué opina usted de Tony Peters?

—Parece un hombre predestinado al éxito. Pero no, no creo que llegue a triunfar. Sólo tiene tipo, fachada, usted ya me entiende. Yo creo —opinó— que le falta talento, de ello que las oportunidades se le malogren. De todos modos, algún día conocerá a alguna mujer rica, joven o no tan joven, eso no creo que le importe demasiado, y se casará con ella.

En aquel momento se oyó el ruido de unos pasos.

Roger Donnelly pensó, al principio, en la sirvienta. Pero se trataba de Glen, el hermano de Lionel.

Se presentó en el saloncito muy pálido, lívido más bien. Alrededor de sus ojos ojeras pronunciadísimas.

—Buenos días —saludó.

Lionel Dowie hizo las presentaciones, esforzándose por demostrar naturalidad en todos sus gestos y expresiones. Esforzándose en ello con redoblado empeño, porque veía algo, algo en el inteligente rostro de Roger Donnelly, que le amoscaba más de la cuenta.

¿Estaría recelando de él? ¿Sospecharía que era el asesino de la anciana Bárbara Muntter y también de Jackie, de su propio hermano? La duda se le

estaba clavando hondo, muy hondo. Y era, por descontado, una duda sumamente intranquilizadora.

—Si está intentando desenmascarar al culpable de esas muertes —le dijo Glen— me pongo incondicionalmente a su disposición. Como comprenderá, dado que mi hermano Jackie fue una de las víctimas, estoy ansioso por no dejar sin castigo... —pero se interrumpió, como si un sollozo pugnara por salirle de la garganta y él quisiera evitarlo, por considerarlo, quizá, un signo de flaqueza impropio de un hombre.

—Gracias —repuso el periodista—. Desde luego, acepto su colaboración. Ya así las cosas, dígame, ¿de dónde cree usted que surge el asesino? Yo personalmente opino —añadió— que es uno de los ocupantes de estas seis casas. Aunque tal vez sea una suposición gratuita, que expongo con demasiada ligereza.

—No, no —repuso Glen—. Usted sabe muy bien lo que se dice. Yo, al menos, comparto su misma opinión. Uno de nosotros —y recalcó esta última palabra— es el asesino.

Lionel Dowie miró a su hermano con una súbita alarma. Alarma que, no obstante, consiguió controlar relativamente pronto. Entonces dejó oír de nuevo el tono de su voz.

—¿Has dicho «nosotros»...? —preguntó—. Resulta chocante la expresión...

—Un modo como otro de decirlo —afirmó Glen. Luego agregó—: De todos modos, si el asesino es uno de los ocupantes de estas seis casas y si entre los habitantes de estas seis casas nos contamos nosotros, lo lógico es que me haya expresado como lo he hecho, ¿no le parece a usted, señor Donnelly?

—Posiblemente sí —asintió Roger.

—A lo que íbamos —dijo Glen—. Estoy a su entera disposición. Si en algo puede ayudarles, ya lo sabe.

—Sí, creo que puede hacerlo.

—¿Cómo?

—Simplemente, dígame qué opina de Moira. Para empezar, de Moira Plarisse...

—Es una buena muchacha, muy desgraciada en la actualidad. Fue una verdadera desgracia lo que le sucedió en el accidente de coche.

—¿La conoce bien?

—Bastante.

—¿Qué me dice de sus sentimientos? Sentimientos amorosos... ¿Sabe si está enamorada de alguien?

—Sí, lo está.

—¿De quién?

—De mi hermano Lionel —afirmó sin lugar a dudas—. Está enamorada de él hace mucho tiempo.

—¿Qué dices...? —se agitó Lionel Dowie. Ahora ya sin poder dominarse,

sin poder controlarse debidamente—. ¿Moira enamorada de mí? La primera palabra.

—Su padre, Patrick Plarisse, decía que Moira amaba a Tony Peters. Ya sabe a quién me refiero, ¿no? A ese vecino nuestro, el futuro artista de cine. Pero yo estoy convencido de que Moira ama a mi hermano Lionel. No sé —añadió Glen—, tal vez yo esté equivocado...

—Lo estás —dijo Lionel—. De ser como tú dices, yo me hubiera dado cuenta de ello. Estas cosas no pueden disimularse.

—Vaya, vaya... —comentó Roger Donnelly—, se enreda la madeja. —Y sin más, dirigiéndose a Glen—, Dígame ahora, ¿qué opinión le merecía a usted la anciana Bárbara Muntter?

—Era desconcertante.

—Y del señor Poone y de su hija Priscilla, ¿qué me dice?

—Dos personas sumamente agradables.

—Por lo que veo —intercaló Lionel Dowie—, ni a mi hermano ni a mí nos pregunta qué pensamos de Doris Bresley.

—Lo considero innecesario —se rió Roger Donnelly—. Sé que en esto coincidimos los tres. Es un auténtico bombón —terminó diciendo— asequible a cualquier paladar.

CAPITULO VII

Doris Bresley se enteró de que la casa de Moira estaba en venta y pensó que quizá no fuera una mala idea adquirirla. Podría alquilarla y cobrar una pequeña renta.

Era aún joven y guapa. La vejez estaba lejos, la veía remota. De todas formas, los años pasan aprisa y sabía que no estaría de más empezar a ahorrar, o a invertir, para cuando los tiempos no fueran tan fáciles como los presentes.

Se encontró casualmente con Roger Donnelly.

—Debiera estar enfadado contigo, querido.

—¿De veras?

—No has vuelto a mi lado.

—No te dije que volvería.

—Bueno, te perdono si me acompañas a ver a Moira —le había sonreído, evidentemente intentando seducirle de nuevo.

—¿A ver a Moira? —preguntó él.

—Vende su casa. Me gustaría comprarla. Qué, ¿me acompañas?

—¿Por qué no? Pero dime el porqué de tu interés.

—¿En comprar...?

—Sí, a eso me refiero.

—Así invertiría un poco de dinero.

—Para dejar la casa en buenas condiciones, hay que gastar bastante.

—Bueno. —E insistió—. ¿Me acompañas?

—Sí.

De este modo tan sencillo, Moira Plarisse se vio ante un nuevo cliente. Una cliente para ser más exactos, muy guapa y atractiva por cierto. Tanto, que la propia interesada se sintió molesta, violenta, al verse tan hermosa y perfecta ante aquel rostro al que la cicatriz desfiguraba horriblemente.

De ello que Doris Bresley, sintiendo que el alma se le encogía dolorosamente, acabara diciendo:

—Le compro la casa. Sí, ya sé que le ofrecen cinco mil libras. No me importa, ¡yo le doy diez mil!

Lo cierto es que Doris Bresley tenía un buen corazón. Había ¡levado y llevaba una vida equívoca, pero la culpa no había sido sólo suya. Arrastrada por varias circunstancias ajenas a su voluntad, se había visto metida, sumergida, en una vida censurable. Pero ella, en el fondo de sí misma, sabía que le hubiera gustado una existencia muy distinta.

Sin embargo, lo dicho, era buena, tenía muy buen corazón. De ello que su ofrecimiento hubiera surgido de pronto. Sí, quería hacer una buena obra, ayudar a aquella chica desventurada. ¿Por qué no hacerlo, si lo que perdiera en aquella compra podía ganarlo simplemente acostándose con unos cuantos hombres?

—¿Has dicho diez mil libras...? —Moira se asombró tatito que se quedó

con la lengua pegada al paladar.

—Sí, eso he dicho —repitió.

—Esta casa no vale tanto, ni muchísimo menos.

—Para mí sí lo vale... —y Doris Bresley zanjó—: Así que queda todo dicho: si no sale un cliente mejor, la casa es mía.

—De acuerdo, aunque creo que me está ofreciendo demasiado.

—Sólo lo justo. Estoy convencida de ello.

Roger Donnelly dejó de prestar atención a la oferta que Moira Plarisse estaba recibiendo. Porque su atención, por entero, la acaparaba ahora la habitación trastera, cuya puerta había quedado levemente entreabierta.

En anterior ocasión vio dos barriles. Seguían allí.

¿Qué podían contener esos dos barriles?

No pudo menos de preguntárselo.

Le hubiera gustado, desde luego, poder entrar en la habitación y averiguarlo. Pero, claro, no estaba en su mano el hacerlo así.

Por lo que, tras quedarse con la curiosidad, poco después salía de aquella casa acompañado de Doris Bresley.

Quien, ya en el camino que conducía a la carretera, le preguntó insinuante:

—¿Te veré esta noche?

—No creo que me sea posible —le respondió él—. Tengo que ir a otra parte. Lo lamento de veras.

—¿Vas a ir con otra mujer...? —inquirió ella.

—No, no...

—Entonces, ¿qué otro plan puede tentarte más que ir a mi lado? Supongo —añadió'— que guardas un buen recuerdo de nuestro primer encuentro.

—Magnífico, no lo dudes. Pero ya te lo he dicho, tengo que ir a otra parte.

No mentía. Era así. Acababa de decidir que... tenía que averiguar qué había dentro de aquellos barriles.

Sin saber exactamente por qué, le cosquilleaba el deseo de averiguarlo. Un deseo que se hizo necesidad al poco de empezar a darle vueltas al asunto.

Bien mirado, ¿qué podía importarle que los barriles contuvieran una cosa u otra? Eso debía de tenerle sin cuidado.

Además, se trataba de averiguar quién había matado, seccionándole la cabeza, a la anciana Bárbara Muntter y a Jackie Dowie. No se trataba de otra cosa.

Así, pues, ¿por qué se estaba obsesionando con la idea de lo que podía haber en el interior de esos barriles? Resultaba, aparentemente al menos, una curiosidad absurda.

Aún así, la obsesión fue metiéndose en él, incrustándose en él, hasta que llegó a la evidencia de que no podía dejar de averiguarlo.

Por eso había dicho a Doris Bresley que aquella noche no podía ir a su lado.

Porque aquella misma moche entraría en la casa de Moira Plarisse, se dirigiría a la habitación trastera y se enteraría de lo que contenían aquellos

barriles.

Por lo tanto, aquel día no fue para Roger Donnelly más que una larga espera. Las horas parecían recrearse en no querer avanzar.

Pero, como era lógico, la noche llegó.

Y Roger Donnelly, entonces, se dispuso a salir.

—Se va otra vez con Doris Bresley —repuso Priscilla—. No hace falta ser muy lista para averiguarlo.

—Se equivoca —dijo él—. No voy con ella. Me guía una pretensión bien distinta. Algo que quizá pueda aparecer ridículo.

Vio en los ojos del periodista que le decía la verdad, que no iba a irse con la guapa y atractiva Doris Bresley, y Priscilla tuvo miedo de que se metiera en algún lío, algo relacionado con los crímenes.

—Sea sensato, por favor... —suplicó.

—¡Oh, sí, no se preocupe! —exclamó—. Seré todo sensatez. No quiero perder la respiración en lo mejor de mi vida, me sabría muy mal...

Le demostró con estas palabras, de tono bromista, que iba a meter baza en el asunto de aquellas violentas muertes. De otro modo, no hubiera hablado de perder la vida. Caía por su peso.

—¿No sería mejor que se quedara con su padre y conmigo, quietecito como un buen chico...? —le sugirió ella.

—Es mejor que haga lo que tiene pensado. Cuando regrese, se lo explicaré todo. No tardaré mucho, no se preocupe.

—Estaremos esperándole.

Roger Donnelly salió de la casa tras abrir y cerrar la puerta con precaución. Era ya de noche y cualquier ruido podía oírse demasiado y llamar la atención.

No quería que esto sucediera.

Después, se encaminó hacia la casa de Moira Plarisse. Una casa que en aquellos momentos permanecía en una total y absoluta claridad, lo cual no era de extrañar dada la hora, pues su propietaria solía acostarse pronto. No era muy aficionada a la televisión.

La noche ofrecía unas sombras intensas, casi sobrecogedoras si uno se detenía a pensar que por allí cerca, muy cerca, había un asesino. Alguien que no se detenía ante nada ni ante nadie.

Pero Roger Donnelly no era hombre propenso a limitarse a pensar cuando el actuar podía resultar mucho más efectivo, así que siguió adelante.

Poco después, desde luego, llegaba a la casa en venta. A esa casa que actualmente todos parecían querer comprar.

Una vez dejada atrás su valla de madera, no se dirigió, sin embargo, hacia la puerta principal. Existía la puerta trasera y tenía la idea de entrar por allí.

Para hacer fácil su pretensión de entrar en la casa, llevaba preparada una ganzúa.

Una efectiva ganzúa, a juzgar por la facilidad con que la cerradura de la pequeña puerta cedió a sus pretensiones.

Ya dentro, andando con pasos cautelosos y guiándose por una linterna a

pilas, se dirigió a la habitación trasera. Antes, no obstante, se aseguró de que todo era silencio en el interior de la vivienda.

Ya convencido de ello, de que nadie iba a descubrirle en aquella visita de inspección, por llamarla de alguna manera, se acercó a los barriles. Allí estaban.

Exactamente donde los vio el primer día y donde los había visto por segunda vez aquella mañana.

Enfocó la linterna sobre uno de los barriles, sobre su tapa, que logró desencajarse de su sitio antes de que transcurriese medio minuto.

Hecho lo cual, miró en su interior.

Sabía, por el peso de los barriles, que estaban llenos, Pero esperaba encontrar algo extraño, insólito. No sabía por qué, pero era eso lo que esperaba.

Sin embargo, no, no había allí nada insólito ni extraño. Simplemente había whisky.

Destapó el otro barril y sí, había lo mismo, whisky.

Según como se mirara, nada extraordinario.

Pero sí, era extraordinario. ¿Para qué necesitaba Moira Plarisse dos barriles llenos de whisky?

La respuesta no era fácil de encontrar.

Por lo demás, sabía de sobras que no iba a encontrarla allí.

Así que Roger Donnelly optó por dejarlo todo tal como lo había encontrado y por salir de la casa lo más rápidamente.

Antes, desde luego, había sacudido la cabeza como hace un perro cuando sale del agua. El no para sacudirse el agua que llevaba encima, pero sí su perplejidad.

Porque no, aquello no lo entendía.

No le encontraba sentido.

¡Dos barriles repletos de whisky!

* * *

Roger Donnelly se dio cuenta de que alguien estaba muy cerca de él. Aunque las intensas sombras de la noche le amparaban, la presencia del intruso fue captada por su fino oído. Sin lugar a dudas.

Se detuvo un momento.

Pero sólo un momento, pues de súbito el instinto le dijo que lo mejor que podía hacer era protegerse, resguardarse.

En aquel lugar estaba demasiado expuesto a cualquier posible contingencia.

Con presteza, se agachó.

Lo hizo a tiempo.

Casi al acto salió lanzada, furiosamente lanzada, de un lugar impreciso, un hacha...

Había cortado el aire. De no haberse agachado con tanta precisión y acierto, el cortante filo del hacha se le hubiera clavado en el pecho de un golpe contundente.

Sin embargo, Roger Donnelly no se detuvo en consideraciones y sin pérdida de tiempo se lanzó en aquella dirección. En la dirección que el hacha le había indicado con su siniestro y escalofriante recorrido.

Dio con una persona, con un hombre: Lionel Dowie. Pero la oscuridad era tan sumamente intensa, que no acertó a reconocerle.

Pero sabía que se trataba de su asesino, por lo menos de quien había pretendido serlo, y se lanzó sobre él, derribándole.

Acto seguido, se enzarzaron en una lucha en la que, uno y otro, pegaron casi a ciegas.

Pero algo resultaba evidente e incuestionable. Si la pretensión del periodista era cazar al intruso, el de éste se limitaba a querer escapar de quien, en contra de lo que pudiera haberse esperado, se había convertido en su mayor peligro.

En medio de los puñetazos que se estaban dando y de los revolcones a que les llevaba su forcejeo, Roger Donnelly quedó, por un instante, junto a los pies de su adversario. Entonces reparó en unos zapatos grandes, pero vulgares, que en realidad, como pista, no podían llevarle a ninguna parte.

Sin embargo, Roger Donnelly era rápido en reflejos, y pensó que sus cordones sí podían ser la pista que estaba necesitando. Así, pues, deshizo uno de aquellos nudos.

Instantes después, volvían a revolcarse por el suelo. Pero, como al principio de la pelea, casi a ciegas.

De súbito, el adversario de Roger Donnelly contó con una oportunidad.

Una oportunidad que no desaprovechó. Todo lo contrario. Se puso en pie de un brinco y echó a correr entre la oscuridad, desapareciendo entre los más cercanos y espesos matorrales.

Instantes antes, no obstante, un pequeño resplandor había asomado entre las nubes, allá en lo alto de la bóveda celeste. Debido a ese resplandor, Roger Donnelly había creído reconocer a su adversario.

—Me parece que ya sé quién eres.

Pero no estaba seguro.

* * *

Permaneció varios minutos inmóvil, reflexionando, calibrando sobre lo que podía ser una mera hipótesis, o por el contrario, quizá, algo mucho más real y auténtico.

Finalmente optó por dirigirse en busca de la verdad que creía haber encontrado. Sin embargo, el interrogante estaba aún pendiente y no, no podía fiarse de lo que, en resumidas cuentas, podía haber sido una engañosa apreciación.

Pero sí, iría en busca de esa verdad. Para eso había dejado a su alcance la necesaria pista...

Se encaminó, pues, hacia la mejor casa de aquellas seis. La que pertenecía a los hermanos Dowie. Actualmente a dos de ellos, ya que el otro había muerto.

No tardó en llamar a la puerta.

Le abrió la sirvienta.

—Discúlpeme que venga a estas horas —dijo Roger Donnelly—, pero se trata de algo urgente... —E inquirió—. ¿Podría hablar con el señor Dowie, Lionel Dowie?

—Pase usted —le indicó la criada.

Le hizo adentrarse en una sala, muy bien amueblada, con cómodos y abundantes sillones.

Pero el periodista no se sentó, quedando a la espera de ser recibido. Eso sí, encendió un cigarrillo, porque se sentía un poco nervioso. Aunque no, no era exactamente nervioso lo que se sentía, más bien expectante.

En realidad, no era para menos, pues estaba convencido, o por lo menos casi convencido, de que era Lionel Dowie el hombre que había visto huir entre los matorrales. Era Lionel Dowie, por tanto, el que había querido matarle lanzándole furiosamente el hacha...

En conclusión, era el que había matado a la anciana Bárbara Muntter y a Jackie Dowie.

Pero no estaba seguro. Así que debió ir con pies de plomo.

—¿Preguntaba por mí? —Lionel Dowie acababa de presentarse en el dintel de la puerta.

De buenas a primeras, Roger Donnelly quedó desconcertado de su naturalidad. De su serenidad. De su sangre fría.

¿Un hombre con esa serenidad, con esa naturalidad, con esa sangre fría, podía ser el que buscaba...? Sinceramente, costaba creerlo.

Pero él seguía pensando que estaba dando en la diana.

Así que respondió:

—Sí, preguntaba por usted. —Y agregó—. Preguntaba, más bien, por quien hace poco ha querido quitarme de en medio.

Desde que entrara en la casa, hasta ahora que recibía a Roger Donnelly en la sala, Lionel Dowie había estado bebiendo whisky. Se sentía dueño, por tanto, de la situación. De ello que respondiera, sin que se le alterara la voz lo más mínimo:

—No le entiendo.

—Busco —puntualizó el periodista— al asesino de Bárbara Muntter y de Jackie Dowie. La misma persona que hace poco ha querido acabar conmigo.

Y no hubo dudas en su acento, pues acababa de descender la mirada hacia los zapatos del hombre que se hallaba ante sí.

¡Y uno de aquellos cordones estaba suelto!

—¿Se ha vuelto loco...? —Lionel Dowie seguía manteniendo la serenidad

de un modo realmente pasmoso—. De otro modo no se comprende que se atreva a expresarse de esta forma y en mi propia casa.

—¡Sé que es usted el asesino! —Exclamó Roger Donnelly—. Si bien ignoro los motivos que han podido inducirle a cometer los crímenes.

—¡No sé cómo consiento que me hable así! —exclamó a su vez Lionel Dowie—. ¿Yo el asesino de esa anciana y de mi propio hermano...? Esto que dice es una monstruosidad.

—No le sirve de nada fingir conmigo. Sólo que, de momento, yo no puedo probar nada... Esto es lo único a su favor.

—No puede probar nada porque delira usted. No sabe lo que dice.

—Lo sé —afirmó Roger Donnelly—. Además, le aseguro que buscaré pruebas para que sea detenido. Por lo que le aconsejo, que se escape de aquí lo antes que pueda. Después será tarde ya para usted.

—Jamás encontrará esas pruebas porque no existen. Por lo demás, todos aquí lo saben, soy una persona sensata y honesta... En conclusión, me siento profundamente respetado y apreciado. Perderá el tiempo si se molesta en hacer recaer en mí sus sospechas. Se lo aseguro.

—No confíe tanto en sus dotes de fingimiento.

—Confío en mi inocencia. —Pero Lionel Dowie vio tan fijos, tan clavados en él los ojos del periodista, que tembló por un instante—. Y con mi inocencia me basta y me sobra. Y ahora, retírese, ya está bien de sandeces y de impertinencias. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Roger Donnelly. Y ya en la puerta de salida, añadió—: Yo de usted me haría de nuevo el nudo del zapato.

* * *

Al llegar se encontró con que Priscilla y su padre estaban esperándole.

—¿Ha conseguido averiguar algo...? —les preguntó el señor Poone.

El joven prefirió no asustarles demasiado. Si les contaba todo, seguro que les quitaría el sueño. Ya no dormirían durante aquella noche. Así que pensó que era mejor dejar las explicaciones para el día siguiente.

—De momento, nada de particular. —Sin embargo, agregó—: Pero creo estar sobre una buena pista.

—Entonces, ¿sospecha ya de alguien? —preguntó Priscilla.

—Sí —dijo el periodista.

Pero se limitó a esa afirmación.

Una afirmación que a la muchacha le supo a poco, como es lógico y natural. Por lo que resultó completamente normal que insistiera.

—Díganos el nombre.

Roger Donnelly pudo omitirlo. No le hubiera costado hacerlo. Pero los acontecimientos estaban llegando a un punto álgido, a su límite, así que consideró que en realidad no estaría de más que les informara en ese sentido. Además, así quedarían prevenidos. Nunca se sabe los derroteros que podían

conllevar los últimos hechos.

—Lionel Dowie.

—¿Qué ha dicho usted? —El señor Poone creía haber oído mal.

—Lo ha oído perfectamente. Pero se lo repito, Lionel Dowie.

—Eso significaría —dijo Priscilla, horrorizada— que un hermano habría matado al otro. ¡Oh, sinceramente cuesta mucho de creer!

—Cuesta, evidentemente —asintió Roger Donnelly—, Sin embargo, estoy seguro de mis sospechas. De no estarlo, me hubiera callado. Nunca me ha gustado hablar a la ligera.

—Pero de ser como usted dice, ¿qué motivos han podido inducir a Lionel Dowie para...?

—Eso —dijo el periodista— es lo que todavía no lo sé. Es lo que pretendo averiguar —aclaró—, porque si llego a saberlo, entonces me será fácil, al menos así quiero creerlo, poner al asesino a disposición de la policía.

CAPITULO VIII

A la mañana siguiente, decidió empezar sus nuevas investigaciones dialogando con Moira Plarisse.

Fue a visitarla. Sin ambages, le dijo:

—Venia a hacerle una pregunta.

—¿Referente a la casa? —quiso saber ella.

—No me extraña que piense que se trata de eso. En pocos días, todos aquí se interesan por estas cuatro paredes. Pero no, mi pregunta no es referente a la casa. Se trata de otra cuestión.

—Dígame, señor Donnelly.

—Me han hablado de su tía Rita —empezó a decir.

—¡Ah! —se limitó a comentar.

—Me han asegurado que tenía el vicio de jugar.

—¿De jugar...? —se sorprendió Moira Plarisse. Luego agregó—: Es la primera noticia. Yo nunca he sabido nada de eso.

—Su tía Rita escribió a su hermano, su padre, en varias ocasiones. Quizá en alguna de tales cartas decía...

—No, en absoluto —le cortó Moira—. En ninguna ocasión dijo nada de eso. Puedo asegurárselo porque yo leí siempre esas cartas.

—Es todo lo que quería saber —zanjó Roger Donnelly—. Gracias por haber respondido a mi pregunta.

—No hay de qué.

Seguidamente, Roger Donnelly se dirigió a la casa de Tony Peters. Quería conversar un poco con él. Aún no lo había hecho y quizá le resultara provechoso hacerlo.

Le encontró leyendo unas cartas. Una de ellas, según le dijo, se la enviaban de unos estudios cinematográficos.

—No sé qué hacer —le habló seguidamente—. La verdad es que me ofrecen un guión muy malo. De un guión así no puede salir nunca una buena película.

—Me hago cargo —dijo el periodista.

—Pero es la única oferta que tengo —reconoció Tony Peters—. Así que tendré que pensármelo bien antes de rechazarla.

—Sí, claro.

—Bueno, discúlpeme este preámbulo. Dígame, ¿a qué debo el placer de su visita?

Tony Peters era ante todo un hombre amable, cordial. Un hombre guapo, muy guapo, y todo un tipo, esto también.

—He venido a hablarle de Moira Plarisse.

—¿Le pasa algo malo?

—No, no... Sólo que me gustaría saber lo que opina de ella.

—De no haber sufrido el accidente de coche que desfiguró su rostro —dijo

Tony Peters— yo le hubiera aconsejado que siguiera mi camino, que me imitara, que intentara ser artista de cine. Desde luego, tenía todos los atributos físicos apetecibles. Pero, claro, sucedió aquello y la pobre...

—He oído decir —repuso Roger Donnelly— que ella está enamorada de usted. Que está —recalcó— profundamente enamorada de usted.

Tony Peters dejó oír una ruidosa y franca carcajada.

—Puedo asegurarle que le han informado muy mal. Moira no ha estado nunca enamorada de mí.

—¿Está seguro?—insistió.

—Totalmente —y bajando la voz, haciéndola discreta, más bien confidencial—. Ella ama al doctor Dowie, Lionel Dowie, con quien estaría casada a no ser por lo que sucedió hará cosa de un año...

—Se refiere al accidente, a lo desfigurado y horrible que quedó su rostro, claro.

—Sí, me refiero exactamente a eso.

—Parece estar muy convencido de lo que dice.

—Sí.

—¿Y qué le hace estar tan convencido, si no le sabe mal que se lo pregunte? ¿Acaso, la propia Moira, le ha confesado en alguna ocasión...?

—No —repuso Tony Peters—, ella nunca me ha hablado de sus sentimientos. Fue Patrick Plarisse, su padre, quien una vez, antes del accidente, me dijo que su hija amaba a Lionel Dowie. Lo dijo tan seguro, que no tuve ni tiempo por qué dudar de la veracidad de sus palabras.

—Comprendo —se limitó a decir Roger Donnelly. Quien creyó haber averiguado todo lo que le interesaba, así que concluyó—: bueno, esto es todo cuanto me interesaba saber. Ya no le molesto más.

—No me ha molestado en absoluto.

—Gracias... —Pero ya a punto de despedirse, Roger Donnelly cambió de idea y se decidió por una nueva pregunta, aunque ésta ya no se refería a Moira —. Dígame, ¿qué opina de Doris Bresley?

—¿Qué voy a opinar? —Se rió Tony Peters con excelente buen humor—. Que vale la pena acostarse con ella.

Apenas hubo salido de la casa del quizá futuro artista de cine, el periodista reparó en Lionel Dowie. Estaba plantado en mitad de la carretera, con la vista fija en él. Por lo visto le estaba vigilando, o algo parecido.

Roger Donnelly no le esquivó. ¿Por qué iba a hacerlo? Todo lo contrario, se le acercó con largos y decididos pasos. Una vez a su lado, sonrió con marcada ironía. Entonces le preguntó:

—Que, ¿inquieto por algo...?

—¿Por qué iba a estar inquieto? —preguntó a su vez el aludido.

—Cuando uno se sabe culpable y al mismo tiempo se sabe medio desenmascarado...

—Vuelve a lo mismo, ya lo veo. Se ha obsesionado con la idea de que soy el asesino y...

—¡Y lo es! —Exclamó Roger Donnelly—. Aunque de momento no tengo pruebas que ofrecer a la policía. Aunque, según como se mire, empiezo a tenerlas. —Y prosiguió—: Me refiero, señor Dowie, a que usted me dijo que la tía de Moira tenía el vicio de jugar, que el propio Patrick Plarisse se lo hizo saber... Pues me he informado convenientemente y eso no es cierto... Siendo así, usted se inventó eso del juego... Sinceramente, he llegado a la conclusión de que un solo motivo ha podido inducirle a mentir...

—¿Qué motivo? —se inquietó más de la cuenta.

—Desmentir de un modo velado y sutil a la anciana Bárbara Muntter. Esta decía que Patrick Plarisse heredó unas valiosísimas joyas de su hermana Rita... Eso no podía ser cierto, en buena lógica, si ella tenía el deplorable vicio de jugar... Pero si lo de ese vicio es pura invención de usted, entonces, en consecuencia, resulta natural suponer que las joyas sí existen. Y si existen, he aquí la prueba que puede volverse contra usted...

—Está complicando lamentablemente la situación. —Y Lionel Dowie se había puesto nerviosísimo. Tanto que juzgó conveniente cortar bruscamente con esta conversación—: No quiero oír más disparates. Le dejo. Adiós.

Y se marchó hacia la casa.

Segundos después abría la puerta principal con su llavín y se refugiaba en el interior de la vivienda.

* * *

Aunque eso de «refugiarse» no fue exactamente así.

No pudo respirar a gusto, ni siquiera un par de veces seguidas, pues apenas se encontró allí, surgió ante él su hermano Glen. Quien, con el rostro congestionado, vibrando de ira su voz, exclamó:

—¡Eres un asesino! ¡El asesino de nuestro hermano Jackie! ¡Te maldigo! ¡Te maldigo con todas mis fuerzas!

No se esperaba que Glen supiera también la verdad, así que, a pesar del whisky ingerido, sintió que se estremecía de pies a cabeza. Quedó traicionado del modo más claro y elocuente.

Además, para terminar de complicarlo todo, le dio por balbucear. Un balbuceo que hubiera resultado realmente ridículo de no pecar de absolutamente patético.

—Yo... no..., no... te aseguro... que... no..., no...

—He encontrado el hacha en el sótano —le dijo Glen—. Aún está manchada de sangre. ¡De la sangre de nuestro pobre hermano Jackie! —Seguidamente añadió—: Ya desconfiaba de ti, pero no me atrevía a creerlo...

—¿Cómo has podido encontrar el hacha? —Preguntó Lionel, no quedándole ya otro remedio que hacer frente a aquella inesperada situación—. Luego de recuperarla, pues momentáneamente la abandoné luego de arrojársela al forastero... Luego de recuperarla, la dejé bien escondida en el sótano... bajo... bajo... unos sacos... sacos vacíos... —y de nuevo le había dado

por balbucear.

—Desconfiaba de ti, ya te lo he dicho. —Glen le miraba con verdadero odio—. Pero necesitaba estar seguro, de eso que haya buscado con empeño... En fin, ahora ya sé la verdad. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Jackie quería comprar la casa de Moira... —se justificó Lionel—. Casualmente pude enterarme...

—¿Y qué? —Inquirió Glen—. ¿Acaso no quieres también comprarla tú?

—¡Pero el secreto es mío, me pertenece a mí! —Exclamó Lionel, y a juzgar por su vehemencia, por su exaltación de ahora, creía tener toda la razón del mundo—. ¡Sólo a mí, por tanto, me pertenecen esas joyas! ¡Yo sólo tengo derecho a ellas! La autopsia la hice yo...

—No tenías derecho a matar a Jackie, como sin duda me hubieras matado a mí de ser yo quien pretendiera comprar esa casa...

—Es posible —admitió Lionel. Y reconoció—: La ambición, a veces, nos ciega... Pero no, no ha de suceder nada entre nosotros. Tú y yo hemos de llegar a un acuerdo.

—¿A qué clase de acuerdo? —pero seguía mirando a su hermano con el mismo odio.

—Podemos repartirnos el valor de lo que hallemos... —Pero era sólo una forma de sortear la situación, al menos de intentarlo.

Ciertamente no estaba dispuesto, como no lo había estado con anterioridad, a que nadie le quitara lo que consideraba bien suyo. Tan suyo que nadie tendría jamás acceso a ello. Antes de consentirlo, les obligaría a pasar sobre su propio cadáver.

—Eso de repartir... —recalcó Glen la palabra— suena mal en tus labios.

—¿Por qué mal?

—Suena a falso —aclaró.

—No, no —intentó fingir bien. No lo consiguió. El whisky ya no le ayudaba lo debido—. Te hablo sinceramente...

—Voy a denunciarte a la policía —dijo Glen—, Es mi obligación hacerlo. No me perdonaría a mí mismo la cobardía de callar. ¡Jackie era mi hermano!

—También lo soy yo —repuso Lionel—. Debes tenerlo en cuenta, también en esto estriba tu obligación.

—Para mí, en estos momentos, tú no eres más que un asesino —mordió las sílabas.

—Un asesino —recalcó Lionel— que te ofrece una fortuna. La mitad de lo que valen esas joyas, unas doscientas cincuenta mil libras...

—Una cifra como para emborracharse. Pero a mí, Lionel, tú bien lo sabes, no me gusta la bebida, no me gusta el whisky. Eso lo dejo para ti, que te llevas bebidas unas cuantas botellas.

—Te pido una cosa —dijo Lionel—. Sólo una. No puedes negármela.

—¿Qué cosa es ésa?

—Que te pienses bien mi proposición.

—Ya está pensada. No me interesa.

—Al decir que te lo pienses bien, me refiero a que te tomes un tiempo, unas horas... No te pido más de doce horas. Estoy seguro —aseveró— que una vez transcurridas esas doce horas, lo verás todo de distinto modo.

—Lo veré igual. Yo quería mucho a Glen y su muerte no va a quedar impune.

—Te pido unas horas de reflexión.

—Es inútil, Lionel.

—Doce horas —insistió—. Después, si sigues pensando igual, yo mismo iré a entregarme... Pero no, sé que habrás cambiado de idea, comprendiendo que con doscientas cincuenta mil libras puede esperarte una vida realmente fabulosa. Lujos, viajes, mujeres... Todo de primera calidad...

Insistió tanto, que Glen terminó diciéndole que bien, que se lo pensaría durante esas horas. Pero le previno que no se hiciera ilusiones, pues a él no le compraba ninguna cifra por muy alta que ésta pudiera ser.

En realidad, Lionel sólo había pretendido ganar tiempo. Lo que por lo visto había conseguido. Finalmente sus palabras habían servido de algo.

Desde luego, aceptando aquella dilación, Glen Dowie se había sentenciado a sí mismo a muerte.

Había sido un ingenuo al no comprenderlo así.

Sí, se había condenado a sí mismo al aceptar aquella espera de doce horas.

Lionel no iba a necesitar tantas para acabar con él.

Claro que no.

El hacha seguía en el sótano.

Bajo unos sacos vacíos.

CAPITULO IX

El espanto fue unánime cuando los turistas de aquel autocar se detuvieron allí, apenas a unos metros de la última de aquellas seis casas.

El espanto los dominó a todos, cuando, tras apearse del autocar para estirar un poco las piernas, dieron con aquellas dos cabezas... Un espectáculo alucinante, espeluznante, que les puso a todos, sin excepción, con los pelos de punta.

Ambas cabezas permanecían con los ojos abiertos, la boca desencajada, y el seccionado cuello lleno de sangre coagulada. Una pertenecía a un hombre joven, la otra a una bella y joven mujer.

Cundida la alarma y reclamados en aquel lugar los habitantes de aquellas seis casas, alguien no tardó en decir:

—Son Glen Dowie y Doris Bresley...

Sus respectivos cuerpos fueron encontrados no muy lejos, entre unos matorrales. Entre esos crecidos y abundantes matorrales que tan fácil resultaban hallar por aquellos parajes.

Lionel Dowie llevó a cabo con toda perfección su nueva representación. Tenía que hacerlo así, evidentemente, para que nadie sospechara de él.

Se puso a sollozar.

—¡Dios mío, ahora mi pobre hermano Glen! ¿Quién ha podido hacerlo? ¿Quién...? Esto es horrible, horrible...

Después de eliminar a su hermano y de hacer otro tanto con la guapa, atractiva y pelirroja Doris Bresley, puesto que ella también le estorbaba ya que había llegado a sus oídos que estaba dispuesta a comprar la casa de Moira por diez mil libras, había bebido whisky. Más que nunca. Hasta sentirse nuevamente dueño de sus nervios y de su serenidad. Hasta sentirse completamente recuperado.

Y sí, estaba representando su papel de hermano afligido a las mil maravillas. No cabía de ello la menor duda, pues todos se miraban entre sí, con recelo, pero lo cierto es que ninguna mirada de ésas daban con él. Era como si él se hallara al margen de toda posible sospecha.

Pero no, no debía hacerse excesivas ilusiones. El señor Poone, y también Priscilla, clavaban en él sus pupilas de un modo extraño... Roger Donnelly debía haberles hablado de lo que sabía... Pero, bueno, en realidad no sabía nada, nada...

Llegó la policía, y el inspector comentó:

—Ya van cuatro muertes, y las cuatro llevadas a cabo de forma análoga... Son idénticas las características... Indudablemente, sigue tratándose del mismo criminal...

Interrogó a todos.

No se olvidó de nadie.

Era de esperar, ya que, a ese paso, pronto quedarían vacías aquellas seis

casas. La situación, sin lugar a dudas, se había hecho alarmante.

—Estoy terriblemente asustada —dijo Moira, mientras regresaba a su casa —. Siento como si ahora fuera a tocarme a mí.

—No te asustes, Moira. —Era Lionel Dowie quien iba junto a ella, andando a su lado, y fue él quien le respondió—: No tendría sentido que nadie te matara a ti.

—¿Y qué sentido tiene que hayan matado a los demás? —preguntó la muchacha.

—Sí, claro —admitió Lionel Dowie—. Resulta difícil imaginarlo.

—¿Sabes lo que te digo? —Habló Moira—. He decidido venderte mi casa, mejor hoy que mañana. No soporto más el estar aquí.

—¿Te parecen aceptables mis condiciones? —preguntó, disimulando lo mejor posible la alegría que experimentaba—. De no ser así, dímelo... Por nada del mundo quisiera que pensaras que abuso de tu situación.

—No, nada de eso —se apresuró a decir Moira—, Me pagas muy bien, más de lo que vale la casa. Ya te lo dije el primer día. Por lo demás —reconoció la muchacha— la verdad es que me he quedado sin compradores. Bueno, el único que quedas eres tú.

—Entonces, si te parece bien, por mí no hay el menor inconveniente. Podemos efectuar la compra-venta cuando quieras.

—Ya te lo he dicho, mejor hoy que mañana. Esto, esto que sucede... no me veo capaz de soportarlo por más tiempo.

—Como quieras.

Lionel sondó para sus adentros.

Todo le estaba saliendo redondo. A pesar de las sospechas de Roger Donnelly, redondo... Por lo que no tardaría en ser el dueño de la casa de Moira.

En ese momento, tendría en su poder aquella fortuna en joyas.

Un poco más de paciencia.

Sólo le hacía falta eso.

* * *

Los papeles de compra-venta habían sido ya firmados. Lionel Dowie había ya entregado las cinco mil libras a Moira.

Ahora sólo faltaba que la muchacha recogiera sus cosas y se fuera de la casa.

—Llenaré un par de maletas y me iré —le había dicho la muchacha al comprador—, El resto no vale la pena que me moleste en llevármelo.

—Como prefieras.

No le costó hacer las maletas.

No le costó, tampoco, decidirse a decir adiós a aquella casa que durante tantos años había sido la suya.

Metió las maletas en su coche. En su coche de segunda mano, en realidad

lo único que aún tenía de cierto valor. Sin contar, claro, las cinco mil libras que acababan de darle por su casa.

Poco después, tras despedirse afectuosamente de Lionel Dowie, se alejaba de allí. Dejaba la localidad de Casseman cada vez más lejos.

CAPITULO X

La tormenta se había desencadenado y el viento, fuerte, violento, agitaba rabiosamente las ramas de los árboles del jardín.

Era una tormenta similar a aquella de hacía ya varios días, cuando a Roger Donnelly se le estropeó el coche, viéndose forzado a detenerse cerca de aquellas seis casas. No muy lejos de la localidad de Casseman.

Lionel Dowie estaba en su nueva propiedad, es decir, en la que hasta hacía poco había sido la casa de Moira Plarisse. Estaba esperando que la tormenta amainara.

Se sentía ansioso, impaciente, febril, por acercarse al árbol que crecía junto al pozo, cerca de cuyas raíces sabía que se hallaba enterrada la caja de madera. La cual contenía las joyas.

Ardía en deseos de encontrarla, de abrirla, y de deleitarse en la contemplación de aquella cuantiosa fortuna.

Fortuna que sólo él, gracias a haber practicado aquella autopsia, sabía que existía... Claro que lo sabía porque Patrick Plarisse tuvo en él una confianza absoluta, que, por descontado, no se merecía... Pero, bueno, nada de remilgos. Menos aún de remordimientos.

De pronto, se dio cuenta de que la lluvia había menguado considerablemente. Tanto, al menos en aquellos instantes, que puede decirse que apenas unas gotas se desprendían de la bóveda celeste.

Pero ésta se hallaba oscura, amenazadora, así que había que dar por sentado que la lluvia arreciaría de nuevo de un momento a otro.

Por eso, Lionel Dowie consideró que debía hacer algo positivo durante aquella pausa. Podía aprovecharla para encontrar la caja...

Era ya de noche. No había nadie por los alrededores. Lo que era un factor a considerar, sobre todo porque sabía que Roger Donnelly aún no se había marchado de allí, y mientras fuera así debía permanecer alerta.

El momento, en resumen, era apropiadísimo para llevar a cabo su pretensión.

Se precipitó, pues, fuera de la casa. Por la puerta trasera de la misma. Se dirigió hacia el pozo, hacia el árbol que crecía allí. Llevaba un pico y una pala, utensilios que le facilitarían la tarea a desempeñar.

Ya allí, y tras percatarse de que, en efecto, apenas llovía, empezó a escarbar la tierra, en dirección a las profundas raíces de aquel árbol.

Era tanta su emoción, y tanta la ciega ambición que le había arrastrado a proceder del monstruoso modo que lo había hecho, que ahora, al verse ya a un paso de su objetivo, temblaba como el azogue.

Pero temblaba de placer, deleitándose de antemano en la contemplación de aquellas esplendorosas joyas que, una vez vendidas, significarían conseguir de la vida todo cuanto pudiera haber soñado.

No tardó ni dos minutos en notar que, tras la tierra que iba quitando,

empezaba a aparecer algo. Se trataba de una caja de madera, sí, no cabía dudarlo.

Aumentó su emoción, su euforia, su regocijo... ¡Qué sensación más maravillosa la que hacía estremecer todas las fibras de su ser!

Siguió con su trabajo, más afanoso aún si cabe...

Pero, de súbito, sucedió lo que menos podía esperarse.

Algo tan horrible, tan espantoso, tan escalofriante, que se quedó como si le hubieran quitado la sangre de las venas. Toda, toda, hasta la última gota.

Sucedió que la tierra falló bajo sus pies y que su cuerpo, cayendo súbitamente hacia abajo, hacia un hoyo, fue arrastrado seguidamente por una violenta y pronunciada rampa.

Una rampa que le llevó, en brevísimos y espeluznantes instantes, al interior del oscuro pozo. Donde quedó encerrado. Donde había agua, sí, bastante, la prueba que de inmediato tuvo que ponerse a bracear para no hundirse.

—¿Qué significa esto...? —gimió horrorizado—. ¿Qué significa...? —y los dientes empezaron a castañetearle, dándose unos contra otros.

La oscuridad era total, absoluta, por lo menos en aquellos primeros instantes, y tuvo que tantear a su alrededor, topando con las paredes del pozo, para comprender, ya sin lugar a dudas, dónde se hallaba.

Después, un rato más tarde, se acostumbró a aquella tenebrosa y tétrica oscuridad, y pudo ya divisar algo. Esto se debió, quizá, a que se filtraba cierta claridad a través de los tablones que taponaban la abertura del pozo. Claridad que debía llegar de la casa, pues había dejado una luz encendida.

Lionel Dowie quiso escaparse de allí, pero aquello era una trampa sin salida. Pronto pudo darse cuenta de ello.

Entonces pensó que no le tocaba otra alternativa que gritar, que pedir socorro. Con toda su voz. Con todas sus fuerzas.

Aún así, sus esfuerzos resultarían problemáticos. Las casas se hallaban bastante separadas entre sí y además, todo había que sopesarlo, el pozo estaba taponado por aquellos malditos tablones.

Ya antes de empezar a gritar, Lionel Dowie presintió que aquello no iba a acabar bien. Contribuyó a su macabro presentimiento, el hecho de que en aquel instante arreciara de nuevo la tormenta.

Así, pues, a partir de aquel momento, sus gritos de socorro estuvieron acompañados por el ruido de la lluvia, por los aparatosos estruendos de los truenos y por el constante ulular del furioso viento.

De esta forma, no, no había modo, ni posibilidad siquiera, de que nadie pudiera oírle.

Aumentó su espanto, su horror, al notar que empezaba a cansarse de bracear. Al principio esto no le había preocupado. Ahora comprendía que sí, que era un factor a considerar. Tal vez, incluso, el más importante, el más perentorio.

Pero su horror, su espanto, se trocaron en asombro y perplejidad cuando habiéndose mojado de agua los labios y habiendo pasado instintivamente la

lengua por ellos, se dio cuenta de que ese agua en la que estaba nadando, braceando, como quiera decirse, se hallaba mezclada con whisky.

¡Sí, con whisky!

Se quedó tan inmóvil, que se sumergió casi por entero. Luego recobró el movimiento y volvió a flote, sacudiendo la cabeza en una mezcla horripilante de miedo y de incomprensión. Volvió a catar el líquido...

Quiso asegurarse de que la mezcla era whisky. De serlo, resultaría en sí un hecho tan incomprensible como insólito y alucinante.

Desde luego, era whisky, y no del peor. El entendía de eso. Podía asegurarlo.

Pero, ¿qué explicación podía tener aquello?

Estaba buscando la caja de madera que guardaba las valiosas joyas y de pronto caía en el hoyo, se deslizaba por una rampa e iba a parar al interior del pozo. Luego la rampa se había cerrado herméticamente, quedando allí encerrado.

Que todo ello formaba parte de una celada, ya no podía dudarlo. Y así las cosas, eso significaba que todo, desde el principio, había sido mentira... ¡Mentira!

El papel que encontró en el estómago de Patrick Plarisse, por tanto, sólo había significado una burda patraña, una encerrona...

Siguió gritando con todas sus fuerzas; de momento no queriendo pensar más. De hacerlo iba a volverse loco. Y necesitaba de toda su capacidad física y mental para aguantar, para buscar el modo de salir de allí. Pero sus gritos seguían ahogándose entre las paredes del pozo, rebotando contra los tablones de madera que cerraban su abertura y agonizando, a lo máximo, ya fuera de allí, entre el ulular del viento, el ruido persistente de la lluvia y el aparatoso estruendo de los truenos.

Hacía ya varias horas que permanecía en la negrura de aquel mundo dantesco, con la voz ronca, la garganta dolorida y los brazos agotados, cuando le pareció que oía un ruido.

Aguzó el oído, esperando. ¿Le habría oído alguien? Costaba de creer, pero era posible. Y se aferró desesperadamente a esa esperanza.

Se trataba, en efecto, de que alguien estaba moviendo uno de aquellos tablones de madera. Los que taponaban allí en lo alto la abertura del pozo.

Pero todas sus esperanzas se desmoronaron, cuando, en lo alto del pozo, vio surgir el busto de Moira Plarisse.

—Moira... Moira... —gimió Lionel Dowie.

Gimió porque no encontró fuerzas para otra cosa. Desde allí sólo podía ver que se trataba de ella. No podía, en consecuencia, reparar en lo desfigurado y amenazador de su rostro. Pero acababa de comprender sobradamente que allí, en lo alto, acababa de aparecer su despiadado verdugo.

—Sí, soy yo —se rió Moira—, que vengo a verte aquí, en la que, antes o después, va a ser tu tumba... Pero no me reproches demasiado mi modo de actuar, bien mirado he tenido la delicadeza de no olvidarme de tus gustos y de

obsequiarte con una buena cantidad de whisky.

—Pero todo esto, ¿por qué? —Gimió de nuevo—. ¿Por qué, Moira...?

—¿Y me lo preguntas tú? —La muchacha seguía riéndose, si bien ahora era la suya una risa que parecía llegar del mismísimo infierno—. ¿Tú, Lionel, a quien debo la terrible desgracia de ser poco menos que un monstruo...? Yo, antes, era una muchacha tan hermosa, tan perfecta, tan envidiada por todos...

—Yo no tuve la culpa de aquel accidente —se defendió Lionel, y seguía braceando, no podía dejar de hacerlo—. Sucedió en contra de mi voluntad, tú lo sabes bien.

—Sí, tú no lo hiciste a sabiendas —dijo Moira—, pero sí fuiste el culpable de que sucediera. ¡Estabas borracho! ¡Una vez más en la vida, borracho de whisky...! Pero, claro, tú debiste suponer que nadie se había dado cuenta de tu estado de embriaguez... ¡Pues yo sí! ¡Sí!

—Moira, por favor —suplicó Lionel Dowie—, sácame de aquí..! No me condenes a una muerte tan espantosa...

—Te hubiera perdonado la mutilación de mi rostro —repuso Moira— si después del accidente hubieras querido casarte conmigo. Es lo que pensabas hacer, ¿no? Ibas a pedirme que fuera tu esposa, lo había leído en tus ojos un centenar de veces... Pero, claro, sucedió aquello y cambiaste de parecer... A pesar de que eras tú, tú, el culpable dé mi desgracia.

—Por favor, Moira, ten compasión de mí...

—No la puedo tener, Lionel —la muchacha seguía riéndose— porque nos ha costado demasiado conseguir que llegaras tú mismo a caer en tu propia trampa... He pluralizado, sí, porque esta idea fue de mi padre... Desde que sucedió el accidente y tú dejaste de interesarte por mí, mi padre te odió... Te odió tanto, que no ha de resultarte fácil imaginarlo... Claro, sabía lo que yo te amaba y mi dolor le destrozaba...

—Si tú me amas, Moira, no puedes permitir que mi final sea éste.

—Sí, Lionel, tu final será éste. —Ahora soltó una carcajada. Luego añadió —: Date cuenta con qué facilidad has mordido el anzuelo... Para esto ha bastado, primero, que mi padre comprara unas joyas, pura bisutería, claro, y que permaneciera con ellas en sus manos, acariciándolas, hasta que viera que la anciana Bárbara Muntter le miraba a través de los cristales de la ventana... Para esto ha bastado, segundo, que mi padre, al sentirse morir, se tragara aquella bola de plástico, con aquel papel escrito, y que antes me pidiera a mí, ante Tony Peters para hacer más auténtica su solicitud, que se le practicara la autopsia por temor a no morir del corazón... Y ya ves, con esto ha bastado, mi querido Lionel, para que tú te las arreglaras para llegar solito hasta aquí...

Se detuvo unos instantes. Y como sea que Lionel Dowie no opusiera nada, ella prosiguió:

—Lo que yo nunca imaginé, es que fueras capaz de tantos crímenes por conseguir esas joyas... Pero sí, has sido capaz... Incluso no te ha importado acabar con tus propios hermanos...

—Moira, sácame de aquí —gimió Lionel—. Sácame de aquí y nos

casaremos. Seremos felices, todo tiene arreglo todavía...

—Yo no podría ya ser feliz contigo. Ahora te odio tanto como te amé. Pero algo bueno siento aún por ti y la prueba la tienes en ese whisky que te regalo en esta última hora... ¡Emborráchate, Lionel, y muere alegre, contento...! ¡Emborráchate como has hecho tantas veces!

* * *

Roger Donnelly abrió la ventana. Y la tormenta, que no había decrecido en absoluto, dio la sensación de entrar dentro de la casa.

—Por favor —suplicó Priscilla—, no haga eso, cierre la ventana. Vamos a coger una pulmonía.

—Disculpe, Priscilla, no era mi intención incomodarla. Discúlpeme usted también, señor Poone.

Como vieron un gesto visiblemente preocupado en su rostro, padre e hija se quedaron mirándole. No terminaban de comprender el porqué de aquella expresión.

—Desde ayer noche, casi desde el comienzo de la tormenta, me parece como si a mis oídos llegara... —pero Roger Donnelly se interrumpió.

—Como si llegara, ¿qué? —preguntó el señor Poone.

—Los gritos de un hombre —dijo el joven periodista—. Los gritos desesperados y enloquecidos de un hombre.

—¿Desde ayer...? —Preguntó Priscilla—. ¿Desde ayer los está oyendo? Esto resulta un poco insólito, bastante absurdo, ¿no cree?

—Sí, desde luego —asintió él—. Resulta absurdo e insólito. Pero creo seguir captando esos gritos, que me llegan no sé de dónde... Hasta ahora he dudado, en realidad no podía creerlo, pero desde hace unos minutos... Esos gritos existen, sí, son un hecho, llegan a mis tímpanos... ¿Ustedes no oyen nada?

—No, nada —respondió el señor Poone.

—No, en absoluto —ratificó la muchacha.

—De todos modos, y a pesar de que estoy casi seguro de lo que estoy oyendo, me pregunto... ¿Quién puede gritar así, durante horas y horas, y más horas? No tiene sentido creer eso... Francamente, no tiene el menor sentido.

Cerró la ventana. Luego volvió a tomar asiento.

Se quedó, no obstante, con una profunda arruga cruzándole la frente.

Hasta que, de pronto, tras dar un puñetazo en la mesa, se puso en pie y exclamó:

—¡Cómo no lo he comprendido antes! ¡Es Lionel Dowie, que ha caído en la trampa que le ha tendido Moira...!

—¿Qué? —inquirió, perplejo, el señor Poone.

—Moira tenía en su casa dos barriles de whisky...

—Bien, ¿y qué? —volvió a inquirir el padre de Priscilla.

—Si los tenía allí, para algo sería. Y puesto que cuando sucedió aquel

accidente de coche era Lionel Dowie quien conducía... Seguro —prosiguió— que en tal ocasión estaba bebido, borracho, y precisamente de whisky...

—No entiendo nada —dijo Priscilla.

—Existen unas joyas, o al menos al parecer existen... Por conseguirlas, indudablemente, unos y otros han querido comprar la casa de Moira... Pero todo ha sido una trampa, una venganza...

—Yo tampoco entiendo nada —repuso el señor Poone.

—En realidad —aclaró Roger Donnelly— yo tampoco sé dar con el argumento exacto... Sólo sé que presiento, adivino, por dónde se dirige ese argumento... Ahora —zanjó— he de dar con Lionel Dowie... Debe hallarse en alguna parte, viviendo instantes de frenético y despreocupado horror... Sólo así se comprenden sus gritos durante horas y horas... Desde ayer... Desde hace más de veinticuatro horas...

Se dispuso a salir de la casa.

Tenía que hacerlo. Cuanto antes.

—Póngase mi impermeable —dijo el señor Poone.

—Yo le acompaño —repuso Priscilla, colocándose el suyo.

* * *

Moira Plarisse apartó uno de los tablones de madera y se asomó al pozo. Siempre oscuro, tenebroso y tétrico.

—Lionel... Lionel...

No obtuvo respuesta y por unos instantes creyó que todo había ya concluido.

Pero no. Lionel Dowie estaba aún con vida, si bien totalmente agotado, exhausto, y sin ya casi movimiento en sus extremidades. Le oyó preguntar:

—¿Vienes a salvarme? ¿Al final te has compadecido de mí?

Al límite de sus fuerzas, hacía ya mucho rato que Lionel estaba ahogándose, Pero ahogándose en agua mezclada con whisky. De ello que su espanto, su horror, y en consecuencia sus gritos y sus alaridos, finalmente se hubieran convertido en risas.

¡Risas de quien ha cogido una descomunal borrachera!

Sus últimas palabras, a pesar del terrible patetismo que encerraban, las pronunció, pues, riéndose. Riéndose como si todo aquello fuera enormemente divertido.

—He venido a ver si aún vivías... —le hizo saber Moira—. Ya veo que sí... Tienes mucho aguante, Lionel... Nunca creí que tanto...

—¿Vas a sacarme de aquí? —Preguntó, entre risas—. Si me echaras una cuerda, aún...

—No, Lionel, no voy a sacarte de ahí. Tu sentencia es inmutable. Se cumplirá.

De súbito, Moira Plarisse dio un respingo y retrocedió un par de pasos. La luz de una linterna a pilas acababa de iluminar su rostro. Un rostro

desfigurado qué se crispó violentamente.

—Roger Donnelly —murmuró.

—Sí, el mismo —dijo el periodista, y seguía teniéndole bajo el resplandor de su linterna—. Y es Lionel Dowie quien está en el interior del pozo, ¿no es eso? Es él quien hace horas y horas que pide socorro, que grita, que da espeluznantes alaridos...

—Ya no —repuso Moira—, Ahora se ríe. Se ríe de muy buena gana. Es lógico, cuando uno se emborracha suele tener buen humor... —Y acercándose de nuevo al pozo—: ¿Verdad que ahora te ríes, mi querido Lionel?

Sí, Lionel Dowie se reía cada vez más y cada vez más fuerte. Cuanto más se ahogaba, más agua tragaba y más whisky ingería, y cuanto más whisky llegaba a su estómago más Se reía de todo. Incluso por lo visto hasta de su propia muerte.

Ya muy cercana.

Tanto, que sentía ya que se hundía.

Inexorablemente.

Alzó los brazos, pero la cabeza desaparecía ya bajo el whisky.

Carecía ya de fuerzas para volver una vez más a flote.

Por ello, tras una nueva y desorbitada carcajada, fue ya todo silencio. Un silencio tenebroso, sobrecogedor, terriblemente elocuente.

—Ya no existe —dijo Moira—. Lo que debía ser. No se merecía que usted llegara a tiempo de salvarle...

Y dicho esto, apresuradamente, Moira Plarisse huyó de allí. Antes incluso de darse cuenta de que Priscilla acompañaba a Roger Donnelly.

Bajo la incesante lluvia, protegidos por sus respectivos impermeables, ambos la siguieron. Moira tenía que responder ante la justicia de lo que había hecho. De un modo u otro, tenía que responder.

La vieron dirigirse hacia su coche, ponerse al volante y arrancar a gran velocidad.

—Voy a ir tras ella —repuso Roger Donnelly.

Sin dar tiempo a que la muchacha le dijera que deseaba ir con él, echó a correr hacia su propio coche.

Instantes después, por la resbaladiza carretera, seguía a _ Moira

Pero la carrera duró poco.

Muy poco.

¿Fue, acaso, un accidente provocado, intencionado, o algo simplemente que tenía que suceder?

Eso no se sabría nunca.

El coche de Moira Plarisse perdió el control de los mandos y terminó cayendo por un pronunciado terraplén.

Cuando Roger Donnelly salió de su coche, el de ella ardía por los cuatro costados. Parecía una antorcha.

CAPITULO XI

—Ahora ya todo resulta de fácil comprensión —dijo Roger Donnelly, a punto de partir—. Por un lado, han sido halladas las joyas, pura bisutería... Por el otro lado, los barriles vacíos indicaban a las claras que su whisky fue a parar al pozo... En fin, que todo tiene ahora ya su lógica, su explicación. Lo único que aún no comprendo —añadió— es quién pudo quitar el carburador a mi coche y quién pudo asimismo cortar el cable de conexión entre la dinamo y la masa de! motor...

—Respecto a este pormenor —dijo Priscilla, tras un breve carraspeo—, debo confesarme...

Se sonrojó un poco.

—Fue usted quien lo hizo, ¿verdad? —preguntó el joven. Y ante el asentimiento de ella—: Francamente, me lo imaginé desde el primer momento. Tal vez —sonrió— porque estoy acostumbrado a que las mujeres se enamoren fácilmente de mí.

—Me cayó usted simpático —reconoció ella.

—Y usted a mí —confesó asimismo Roger Donnelly—. De ello que a mi vez le mintiera... Le dije que había ido al garaje y que me habían dicho que el mecánico estaba enfermo y que por lo tanto no podría arreglarme el coche, como mínimo, antes de cuarenta y ocho horas, ¿recuerda? Fue un mero pretexto para quedarme. Lo cierto es que aquella mañana ni siquiera me acerqué al garaje.

El señor Poone consideró oportuno retirarse. Y así lo hizo, esbozando una comprensiva sonrisa.

—Priscilla, has de saber algo —murmuró el joven periodista, acercándose a ella y estrechándola entre sus brazos.

—Dime, Roger —y se encontró entre sus brazos como en el mismísimo cielo.

—Te quiero —repuso él.

—¿Estás seguro? —preguntó la muchacha.

—Tan seguro —corroboró Roger Donnelly— como que nos ha unido una historia de verdadero terror. Una historia que será mejor que olvidemos.

FIN